

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.

Un mes	4 rs.
Tres meses	10
Seis meses	20
Un año	38

Se suscribe en Madrid en la Administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, librero de cámara de S. M. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS EN PROVINCIAS.

FRANCO DE PORTE

Un año. 48 rs.
Con la acilid de efectuar el pago en una, dos, tres ó cuatro veces, anticipado.



VIAJE A CHINA. — La ciudad de Nan-Ngan.

Vamos, valor, querida Rosarito, los momentos son preciosos.

La jóven se dejó caer al suelo abrumada de dolor, diciendo: — ¡Es verdad! perdóneme V., padre mio, pero al fin soy mujer y tengo miedo.

La Linda, sin pronunciar una palabra, sacó su puñal y se emboscó en la entrada de la gruta.

— En aquel momento apareció Valentin.

— Gracias, D. Tadeo, dijo, no nos es V. indispensable allá arriba, mientras que aquí, por el contrario, puede V. sernos muy útil. Los Serpientes Negras intentarán sin duda pasar el río é introducirse en esta gruta, cuya existencia de seguro conocen, mientras que una parte de sus compañeros nos ocuparán con un falso ataque; así, pues, quédese V. aquí, se lo ruego, y vigile

sus movimientos con cuidado; de la vigilancia de V. depende el buen éxito de nuestra defensa.

Valentin habia raciocinado con exactitud. Los indios conociendo la inutilidad de un fuego de fusilería, sostenido contra un trozo de granito en el cual se aplastaban las balas sin causar daño alguno á sus adversarios, habian variado de táctica. Se separaron en dos partidas, de las que una hacia fuego para llamar la atención de la guarnicion de la roca, mientras que la otra, dirigida por Antinahuel, habia subido por la orilla del río contra corriente hasta unos cien pasos de distancia. Cuando hubieron llegado al punto escogido, los indios construyeron apresuradamente varias balsas sobre las cuales se dejaron arrastrar por la corriente, que les conducia en derecha á la roca.

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Conclusion. — Véase el n.º 79).

— Padre mio, le dijo; ruego á V. que no me deje sola, ó al menos que me permita seguirle, pues aquí me volveria loca de terror.

— Hija mia, contestó D. Tadeo, tu madre se queda á tu lado; yo tengo que reunirme con nuestros amigos; ¿querrias que los abandonase en un momento como este? Es mi causa la que estan defendiendo, y mi puesto es al lado de ellos....

Valentin y su compañero, sabiendo que nada tenían que temer por parte de los que desde la orilla hacían fuego sobre ellos, volvieron á bajar á la gruta en que había de concentrarse toda la defensa.

El primer cuidado del jóven fué el de colocar á doña Rosario al abrigo de las balas, detrás de un trozo de roca que formaba una excavación bastante profunda para que una persona pudiese estar en ella con bastante comodidad. Cumplido este deber, ocupó su puesto junto á sus compañeros á vanguardia de la barricada.

Una balsa montada por siete ó ocho indios, arrebatada con violencia por la corriente, fué de pronto á chocar contra la roca.

Los indios lanzaron su grito de guerra y se precipitaron blandiendo sus armas; pero los tres hombres, con quienes la Linda había querido unirse á toda costa, se arrojaron sobre los agresores, y antes de que hubiesen podido oponer resistencia, los mataron á culatazos y arrojaron sus cadáveres al río.

César se había arrojado á la garganta de un indio de estatura colosal, que levantaba ya su hacha sobre D. Tadeo, y le había ahogado.

Pero apenas habían concluido con aquellos, cuando llegaron otras dos balsas seguidas casi inmediatamente de otras dos mas, y que llevaban entre todas por lo menos unos treinta hombres.

Durante un momento el combate fué terrible en aquel sitio angosto en que se batían pecho contra pecho, pié contra pié; la Linda, temblando por su hija, con la cabellera suelta y los ojos brillantes, se defendía como una leona, poderosamente auxiliada por sus tres compañeros, que hacían prodigios de valor.

Pero los sitiados, abrumados por la superioridad numérica, se vieron obligados al fin á retroceder y á buscar un abrigo detrás de la barricada. Hubo un minuto de tregua durante el cual se contaron los aucas.

Seis habían muerto, y muchos de ellos tenían heridas graves.

Valentin había recibido un hachazo en la cabeza; pero merced á un movimiento brusco que hizo hácia un lado, la herida era poco profunda.

Trangoil Lanec tenía el brazo izquierdo atravesado; D. Tadeo y la Linda no estaban heridos.

Valentin fijó una mirada de supremo dolor en el sitio de la gruta que servía de abrigo á la jóven, y luego no pensó ya mas que en hacer noblemente el sacrificio de su vida.

El fué quien primero comenzó de nuevo la lucha.

De pronto sonó en la orilla un fuego de fusilería violento.

Cayeron varios indios.

—¡Va'or! gritó Valentin, valor! hé ahí á nuestros amigos!

Seguido de sus compañeros, escaló por segunda vez la barricada, y volvió á lanzarse á la pelea.

De pronto retumbó en la gruta un grito supremo de angustia.

La Linda se volvió, y lanzando un rugido de fiera se precipitó sobre Antinahuel, entre cuyos brazos se agitaba en vano doña Rosario.

Antinahuel, sorprendido por aquel ataque imprevisto, soltó á la jóven é hizo frente al adversario que se atrevía á cerrarle el paso.

Tuvo un momento de vacilación al conocer á la Linda.

—¡Atrás! le dijo con voz sorda.

Pero la Linda, sin contestarle, se arrojó sobre él y le clavó su puñal en el pecho.

—¡Muere, perra! dijo lanzando un aullido y levantando su hacha.

La Linda cayó.

—¡Madre mia! madre mia! exclamó doña Rosario con desesperación, arrodillándose junto á ella y cubriéndola de besos.

El jefe se bajó para coger á la jóven; pero entonces se alzó terrible ante él un nuevo adversario.

Era Valentin.

El Toquí, lleno de rabia, al ver que se le escapaba para siempre la presa de que ya se creía seguro, se precipitó sobre el francés asestándole un hachazo que el jóven paró con su rifle.

Entonces los dos enemigos, con los ojos chispeantes, los dientes apretados á impulsos de la cólera, se agarraron á brazo partido, se enlazaron uno con otro como dos serpientes, y rodaron por el suelo, procurando darse mutuamente de puñaladas.

Esta lucha tenía un aspecto aterrador al lado de aquella mujer que agonizaba y de aquella otra que estaba medio loca de dolor y de espanto.

Valentin era diestro y vigoroso; pero tenía que habérselas con un hombre contra el cual no hubiera podido resistir si no se hubiese hallado este debilitado por la herida que le hiciera la Linda.

El cuerpo grasiento del indio no ofrecía presa al francés, mientras que su enemigo, por el contrario, le había cogido por la corbata y le ahogaba con la mano derecha, mientras que con la izquierda procuraba clavarle su puñal en los riñones.

Ni D. Tadeo ni Trangoil Lanec podían socorrer á su compañero, pues ellos mismos se hallaban ocupados en defenderse contra los aucas que les estrechaban de cerca.

Era llegado el último momento de Valentin. Ya sus ideas perdían su lucidez y solo se resistía maquinalmente, cuando sintió que los dedos que le oprimían el cuello se aflojaban gradualmente; entonces por un movimiento postrero de rabia, reunió todas sus fuerzas, dió una sacudida violenta, logró desembarazarse y se puso de rodillas.

Pero su enemigo, lejos de atacarle ó de procurar defenderse, lanzó un suspiro profundo y cayó hácia atrás.

Antinahuel había muerto.

—¡Ah! exclamó la Linda con una expresión indescriptible, mi hija se ha salvado!.....

Y cayó desmayada en los brazos de doña Rosario, apretando todavía en su mano, con fuerza sobrehumana, su puñal, con el cual había atravesado el corazón del jefe, arrastrándose de rodillas hasta que logró alcanzarle.

Apresuráronse á rodear á la desgraciada mujer quién, dando muerte al enemigo mas encarnizado de su hija, y haciendo el sacrificio de su vida, acababa de reparar tan noblemente sus faltas.

Durante bastante tiempo fueron inútiles los cuidados que le prodigaron.

Al fin, suspiró débilmente, abrió los ojos, y fijando una mirada opaca en los que la rodea-

ban, agarró convulsivamente á su hija y á don Tadeo, los acercó á sí y los contempló con una expresión de infinita ternura, mientras que por su rostro, cubierto ya con las sombras de la muerte, corría abundante llanto.

Sus labios se agitaron, una espuma sanguinolenta apareció en los ángulos de su boca y murmuró en voz baja y anhelosa:

—¡Oh! era yo sobrado dichosa!..... ambos me habiais perdonado!..... pero Dios no ha querido!..... ¿Desarmará á su justicia esta muerte terrible?..... ¡Orad..... orad por mí! á fin de que mas tarde podamos encontrarnos en el cielo!..... yo muero! adios!..... adios!.....

Un estremecimiento convulsivo agitó todo su cuerpo, se incorporó con fuerza y volvió á caer como herida por un rayo.

Había muerto.

—¡Dios mio! exclamó D. Tadeo alzando los ojos al cielo! piedad! piedad para ella!

Y se arrodilló junto al cadáver.

Sus compañeros le imitaron piadosamente y rezaron por la desgraciada á quien tan de improviso acababa de llamar á sí el Omnipotente.

Los indios desaparecieron tan luego como vieron caer á su jefe.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Dos horas después, merced á los peones conducidos por el conde y Curumilla, la caravana llegaba sana y salva á la hacienda de la Paloma, llevando consigo el cadáver de doña María.

XC.

CÉSAR.

Un mes próximamente después de los acontecimientos que hemos referido, en la hacienda de la Paloma había dos hombres sentados al lado uno de otro en el fondo de un bosquecillo de nopales, conversando acaloradamente entre sí mientras admiraban una salida de sol magnífica.

Aquellos dos hombres eran Valentin Guillois y el conde de Prebois-Grancé.

Los dos franceses asistían al despertar de la naturaleza con una especie de recogimiento melancólico; en el cielo no se veía ni una sola nube; una brisa leve, embalsamada con mil aromas, se estremecía blandamente entre las flores amarillas que había en las orillas de un gran lago sobre el cual bogaban indolentemente innumerables bandadas de graciosos cisnes de cabeza negra; los rayos del sol naciente comenzaban á derrear las ramas superiores de los árboles corpulentos, y los pájaros de todas clases, ocultos en la enramada, saludaban con su armonioso canto el nacimiento del día.

El conde de Prebois-Grancé, inquieto por el obstinado silencio que guardaba Valentin, tomó al fin la palabra:

—Cuando al despertarme hace una hora, dijo, me trajiste aquí con el fin, según decías, de que hablásemos con entera libertad, te seguí sin oponer observación alguna; hace ya veinte minutos que estamos sentados en este bosquecillo y no te has decidido á explicarte; tu silencio me inspira inquietud, hermano, no sé á que atribuirle; ¿tienes que anunciarme, por ventura, alguna noticia desagradable?

Valentin levantó bruscamente la cabeza. — Perdóname, Luis, contestó; no tengo que anunciarte noticia alguna desagradable; pero ha sonado entre nosotros la hora de una explicación suprema.

— ¿Qué quieres decir? — Vas á entenderme. Cuando hace un año en tu palacio de los Campos Eliseos, reducido á la desesperación y resuelto á refugiarte en la muerte, me mandaste á llamar, me comprometí, si querías vivir, á restituirte lo que habías perdido, no por culpa tuya, sino por razón de tu inesperienza; tuviste en mí completa fé: abandonaste la Francia sin vacilar, te despediste para siempre de tu existencia de hombre rico y me acompañaste resueltamente á América. Ahora me toca á mí cumplirte á mi vez las promesas que te hice.

— ¿Valentin! — Escúchame, amas á doña Rosario y estoy seguro de que ella, por su parte, siente hacia ti un amor verdadero y profundo: los servicios que hemos prestado á su padre nos autorizan hoy para dar con él un paso que está ya esperando de seguro, y cuyo resultado debe hacerte ya feliz para siempre. Ese paso, que yo no quería aventurar sin hablarte de él previamente, voy á darte en esta misma mañana y á explicarme con don Tadeo con entera franqueza.

Una sonrisa triste arqueó los labios del jóven, y sin contestar, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

— ¿Qué tienes? exclamó Valentin con inquietud; cómo es que esa resolución, que debiera colmar todos tus deseos, te deja sumido en el dolor? Explicame, Luis.

— ¿A qué explicarme, Valentin? á qué hablar hoy á D. Tadeo? quién nos apremia? contestó el jóven evasivamente.

Valentin le miró con sorpresa moviendo la cabeza; no comprendía en manera alguna la conducta de su amigo. Sin embargo, resolvió perseguirle hasta en sus últimos atrincheramientos, y dijo:

— Hé aquí por qué razón quiero asegurar tu felicidad lo más pronto posible. La vida que llevo en esta hacienda de un mes á esta parte, me pesa; desde mi llegada á América se ha modificado mi carácter; la vista de los espesos bosques, de las elevadas montañas, en fin de todas esas magnificencias sublimes que Dios ha arrojado á manos llenas en el desierto, han desarrollado los instintos de viajero que germinaban en el fondo de mi corazón. Las peripecias siempre nuevas de la vida aventurera que he llevado de algun tiempo á esta parte, me hacen experimentar una voluptuosidad ilimitada. En una palabra, me he apasionado por la existencia de los que andan recorriendo libremente los bosques, y anhelo que llegue el momento en que me sea lícito emprender de nuevo mis correrías sin objeto fijo por el desierto.

Hubo un momento de silencio.

— Si, murmuró el conde al cabo de un instante, esa vida está llena de encantos.

— He ahí por qué ansio ya el momento de lanzarme de nuevo á esas escursiones febriles.

— ¿Quién nos impide que volvamos á dedicarnos á ellas?

— ¡Tú, vive Dios!

— Te equivocas, hermano, estoy tan cansado como tú de la vida que aquí hacemos, marcharemos cuando quieras.

— No lo entiendo yo así. Sé franco conmigo; es imposible que el amor ardiente que sentias hacia doña Rosario, se haya desvanecido de improviso!

— ¿Qué te hace suponer que no la amo?

— Veamos, repuso Valentin, concluyamos: si amas á doña Rosario, ¿por qué quieres marchar y te niegas á casarte con ella?

— ¡No soy yo quien me niego! murmuró el jóven suspirando, es ella!

— ¡Ella!.... oh! es imposible!

— Hermano, hace ya mucho tiempo, al día siguiente de la noche en que la libramos en Santiago de los bandidos que querían arrebatarla, ella misma me dijo que nunca nos uniríamos, y me ordenó que huyese de su presencia, exigiendo mi palabra de que nunca procuraria volver á verla! ¿A qué lisonjearme con vanas quimeras? Ya lo ves, hermano, no me queda esperanza alguna.

— ¿Quizás si! han pasado tantas cosas desde aquella época, que sin duda se habrán modificado las intenciones de doña Rosario.

— ¡No! contestó el conde con tristeza.

— ¿Qué te lo hace suponer?

— Su frialdad, su indiferencia para conmigo, el cuidado con que huye mi compañía; todo, en fin, me prueba que he prolongado ya harto tiempo mi permanencia aquí y que debo alejarme.

— ¿Por qué no procuras tener una explicación con ella?

— Cuéstemelo que me cueste, he jurado que cumpliré mi palabra.

Valentin bajó la cabeza sin contestar.

— Te suplico que no permanezcamos aquí mas tiempo, repuso el conde; la presencia de la mujer á quien amo aumenta mas aun mi dolor.

— ¿Lo has reflexionado bien?

— Sí, dijo el jóven resueltamente.

Valentin movió la cabeza con triste ademán.

— En fin! dijo, hágase tu voluntad! marcharemos!

— Si, y lo mas pronto posible, ¿verdad? dijo Luis con un suspiro involuntario.

— Hoy mismo; estoy aguardando á Curumilla á quien he rogado que vaya á buscarme caballos. Tan luego como se halle de regreso nos pondremos en camino.

— Y volveremos á la toldería de la tribu de la Gran Liebre, en donde todavía podremos vivir felices.

— ¡Bien pensado! de ese modo nuestra existencia no será inútil, puesto que contribuiremos á la felicidad de los que nos rodeen.... ¿Y quién sabe? añadió Valentin sonriendo, acaso llegaremos á ser guerreros célebres en la Araucanía.

Luis solo contestó á esta broma con un suspiro que no pasó desapercibido para su amigo.

— ¡Oh! murmuró Valentin en voz baja, á pesar suyo es preciso que sea feliz.

Curumilla y Trangoil Lanec aparecieron á lo lejos en medio de una nube de polvo galopando hacia la hacienda con varios caballos.

Los dos hombres se levantaron para salirles al encuentro.

Apenas salieron del bosquecillo y se alejaron algunos pasos, se apartaron las ramas y apareció doña Rosario.

La jóven se detuvo un momento pensativa, siguiendo con la vista á los dos franceses que caminaban tristes y meditabundos.

De pronto doña Rosario levantó la cabeza con aire travieso, sus ojos azules se iluminaron con un brillo celestial, una sonrisa arqueó sus rosados labios y murmuró:

— ¡Allá veremos!

Y regresó á la hacienda saltando como una gacela asustada.

En las comarcas hispano-americanas, todas las mañanas á las ocho se toca la campana para reunir en la misma mesa á los habitantes de una hacienda, desde el propietario que se sienta en el centro, hasta el ultimo peon que se coloca modestamente en el extremo inferior.

El almuerzo es la hora escogida para verse y saludarse antes de comenzar los rudos trabajos del día.

Al primer toque de campana bajó D. Tadeo á la sala y se mantuvo de pié delante de la mesa. Su hija estaba á su derecha, y saludaba con una sonrisa ó con una palabra amistosa á cada uno de los dependientes de la granja á medida que iban entrando.

Los últimos que llegaron fueron los franceses; D. Tadeo les estrechó la mano, se cercioró con una ojeada de que nadie faltaba en la reunion, se descubrió, movimiento que imitaron todos los circunstantes, y pronunció lentamente el *benedicite*; despues á una seña suya, cada uno se colocó en su puesto.

El almuerzo fué breve.

Apenas duró un cuarto de hora.

Los peones regresaron á sus trabajos bajo las órdenes del mayordomo.

D. Tadeo mandó servir el *maté*.

Ya no quedaban en la sala mas que D. Tadeo, su hija, los dos franceses y César, si es lícito contar á un perro en una reunion. El noble animal estaba echado á los pies de doña Rosario.

En pocos momentos dió vuelta el *maté* á toda la reunion.

Sin causa aparente reinaba entre todos un silencio penoso. D. Tadeo reflexionaba, doña Rosario retorcia distraidamente con sus diminutos dedos de rosadas uñas las largas orejas del perro que habia apoyado su abultada y hermosa cabeza en las rodillas de la jóven y fijaba en ella sus ojos grandes é inteligentes.

El conde y su hermano de leche no sabian cómo entablar la conversacion.

Por último, Valentin, resuelto á salir de aquella posicion falsa, se decidió á tomar la palabra.

— Dígame V., D. Tadeo, exclamó de improviso, ¿qué respuesta piensa V. dar á D. Gregorio Peralta?

— La que ya conoce V., amigo mio, repuso D. Tadeo volviéndose hacia él. Desembarazado ya Chile del hombre que le arrastraba á su pérdida, para nada me necesita. No quiero volver á ocuparme de política; bastante tiempo he gastado mi vida en ese trabajo ingrato que me habia impuesto para asegurar la independencia de mi patria y librarla del ambicioso que queria avasallarla. He cumplido mi mision; ha sonado para mí la hora del descanso, y me niego rotunda-

mente á aceptar la presidencia que me ofrece D. Gregorio en nombre del pueblo, para consagrarme exclusivamente á la felicidad de mi hija.

—No puedo censurar la resoluciónde V.; es noble y buena, D. Tadeo, es digna de V., contestó el conde.

—¿Y enviará V. pronto esa respuesta? repuso Valentin.

—Dentro de algunos instantes, ¿pero por qué me hace V. esa pregunta? puedo saberlo?

—Porque si V. quiere, contestó Valentin, mi amigo y yo nos encargaremos de llevar esa contestación á su destino.

D. Tadeo hizo un gesto de sorpresa.

—¿Cómo es eso? exclamó; qué quiere V. decir? ¿Pensarán VV. acaso en dejarnos?

Una sonrisa triste arqueó los labios del jóven; la valla estaba rota; era preciso hablar francamente, y no vaciló.

—Tomo á Dios por testigo, dijo moviendo la cabeza, de que mi deseo mas ardiente seria el de quedarme aquí.

—Sí, exclamó el conde interrumpiéndole y dirigiendo á pesar suyo una mirada de reojo á doña Rosario, quien parecia que no se ocupaba en manera alguna de lo que se estaba diciendo; si, harto tiempo hemos permanecido en el delicioso retiro de V.; esta vida encantadora nos enerva, y si no nos apresurásemos á arrancarnos de ella, casi nos seria imposible hacerlo.

—¿Es de absoluta precision que se marchen VV.? repuso D. Tadeo, cuyo semblante se puso muy serio y cuyo entrecejo se frunció; ¿por qué es esa prisa?

—Ya sabe V., contestó Luis, quien recobraba valor al ver la indiferencia aparente de la jóven, que cuando por primera vez tuvimos la fortuna de encontrar á V....

—Fué fortuna para mí, exclamó D. Tadeo interrumpiéndole con viveza.

—Corriente, continuó Valentin acudiendo al auxilio de su amigo, entonces ibamos en busca de fortuna; pues bien, añadió alegremente, ahora que gracias á Dios, no necesita V. ya nuestro auxilio, no queremos abusar por mas tiempo de la generosa y amable hospitalidad que nos ha dado V....

—¿Qué significa eso? exclamó D. Tadeo levantándose; á qué llaman VV. abusar de mi hospitalidad? á qué echar mano para conmigo de tan fútiles pretextos?

—Es preciso que nos marchemos, repitió friamente el jóven.

—¡Oh! no puedo creer que sea la sed del oro lo que les impulsa á VV. á dejarme! Su corazón es harto elevado para que se haya apoderado de él una pasión tan odiosa. Si así fuese, ¿por qué no hablan VV.? A Dios gracias, soy bastante rico para darles mayor cantidad de ese miserable metal de la que en sus insensatos sueños hayan VV. imaginado poseer en tiempo alguno.

—D. Tadeo, nos ha juzgado V. bien, contestó el conde con nobleza; no es la sed del oro la que nos arrastra, puesto que nuestra intención al separarnos de V., es la de retirarnos entre los indios puelches.

D. Tadeo hizo un movimiento de sorpresa.

—No forme V. mala opinión de nosotros, continuó diciendo el jóven con vehemencia; crea V. que si un motivo poderoso no nos obligase á

alejarnos, yo, por lo menos, me consideraria muy feliz con permanecer al lado de V., á quien amo y respeto como á un padre.

D. Tadeo se paseaba con agitacion por la sala; al cabo de algunos minutos se paró delante del conde y le preguntó afectuosamente:

—¿Puede V. manifestarme ese motivo?

La jóven alargó la cabeza con curiosidad.

—No puedo, murmuró Luis inclinando la frente.

Doña Rosario se encogió de hombros con un ademán de despecho.

Ninguno de estos incidentes, casi imperceptibles habia pasado desapercibido para la mirada perspicaz de Valentin.

—Muy bien, caballero, repuso D. Tadeo con fria dignidad y con acento lastimado; tanto V. como su amigo tienen entera libertad para obrar como mejor les parezca. Perdónenme las preguntas que les he dirigido; pero su resolución, que en vano procuro explicarme, destruye de una manera irremediable una esperanza muy grata que me hubiera hecho muy feliz si la hubiese visto realizarse: me he equivocado, no hablemos mas de ello. ¿No ha dicho Dios: «Abre de par en par la puerta de tu casa al huésped que quiere entrar y al que quiere salir?» Hé aquí mi carta para D. Gregorio Peralta. ¿Cuándo desean VV. marchar?

—Al momento, contestó el conde con mano temblorosa. Mi amigo y yo tenemos la intención de despedirnos de V. inmediatamente despues del almuerzo.

—Sí, continuó Valentin, quien vió que su hermano de leche, vencido por la emoción, no podia seguir hablando; queriamos suplicar á V. que aceptase la expresion de nuestra gratitud por la amistad que se ha dignado V. mostrarnos, y asegurarle que, lo mismo de lejos que de cerca, su recuerdo permanecerá siempre indeleble en lo mas profundo de nuestro corazón.

—¡Adios, pues! dijo D. Tadeo con emoción. Dios quiera que encuentren VV. en otra parte la felicidad que aquí les aguardaba!

Valentin se inclinó sin contestar; las lágrimas le ahogaban; temia no tener fuerza suficiente para llevar á cabo su triste sacrificio.

El conde se volvió hacia doña Rosario.

—¡Adios, señorita! murmuró con voz entrecortada; sea V. feliz!

La jóven no contestó.

Luis se volvió bruscamente y se dirigió presuroso hacia la puerta.

Cuando se hallaban próximos á salir, ambos jóvenes, no obstante toda su resolución, dirigieron una mirada hacia atrás como para saludar por vez postrera á aquellos á quienes tanto querian y abandonaban para siempre.

D. Tadeo permanecia inmóvil en el mismo sitio.

Doña Rosario con la cabeza baja continuaba jugando maquinalmente con las orejas del perro.

Al ver aquella indiferencia cruel, una cólera insensata se apoderó del corazón del conde.

—¡César! gritó.

Al oír la voz de su amo, el perro de Terranova se desembarazó con viveza de los brazos de la jóven, y de un salto se puso al lado del conde.

—¡César! murmuró debilmente doña Rosario con su voz melodiosa.

El perro se volvió hacia ella.

—¡César! repitió la jóven con acento mas dulce todavia.

Entonces, no obstante las señas y las órdenes de su amo, el animal se echó á los piés de la jóven.

El conde, con el alma destrozada, hizo un esfuerzo supremo y se precipitó hacia la puerta.

—¡Luis! exclamó de improviso doña Rosario, alzando hacia él su rostro inundado de lágrimas y sus ojos suplicantes; Luis, habia V. jurado no separarse en tiempo alguno de César, ¿por qué le abandona V. ahora?

Luis se tambaleó como si le hubiese herido un rayo, una expresion inexplicable de alegría iluminó su rostro, dejó caer la carta, y empujado suavemente por Valentin, cayó á los piés de la hermosa jóven, que estaba radiante de júbilo.

—¡Padre mio! exclamó doña Rosario echándole los brazos al cuello, bien sabia yo que me amaba! padre mio, bendiga V. á sus hijos!

Valentin experimentó un dolor cruel, mezclado con una alegría inmensa al presenciar aquel desenlace.

Rechazó al fondo de su alma los sentimientos que le agitaban, y cogiendo la carta, dijo con dulce sonrisa:

—Yo seré quien lleve la carta á D. Gregorio.

—¡Oh! no, dijo la jóven con un gesto encantador tendiéndole la mano, no nos dejará V., amigo mio; ¿no es V., acaso, el hermano querido de Luis? ¡Oh! no le dejaremos á V. marchar!.... no podriamos ser felices lejos de V., á quien debemos nuestra dicha.

Valentin besó la mano que le tendia la jóven, enjugándose á hurtadillas una lágrima, pero no contestó.

Aquel día trascurrió rápido y feliz para todos.

Cuando llegó la noche, Valentin, antes de retirarse á su cuarto, dijo con emoción:

—¡Adios, hermano! gracias al cielo estás ya para lo sucesivo al abrigo de la desgracia! he cumplido mi misión!

El conde le miró con inquietud.

—Hermano, le dijo, ¿de dónde procede esa tristeza? padece?

—¿Yo? dijo Valentin intentando sonreír, nunca he sido tan feliz!

Después de haber abrazado al conde, quien le dejó obrar muy sorprendido al ver aquel dolor repentino, tan singular en tal hombre, se alejó presuroso, murmurando todavia la palabra: ¡adios!

Luis le siguió durante algunos momentos con la vista, diciendo para sí, con indefinible expresion de tristeza:

—¿Qué tendrá? ¡Oh! mañana preciso será que se explique!

Al dia siguiente, Valentin habia desaparecido. El antiguo *spahis*, seguido por los dos indios que no habian querido abandonarle, se habia internado en los inmensos desiertos que separan á Chile de Buenos-Aires.

Luis, no obstante las pesquisas que hizo, no pudo averiguar qué habia sido de su hermano de leche.

¿Por qué abandonaba Valentin á su amigo y se fugaba así de la hacienda?

El pobre soldado no se sentia con valor suficiente para asistir á la felicidad de aquel por quien tantos sacrificios habia hecho!.

¡El también amaba á doña Rosario!....

Ambos jóvenes le aguardaron durante mucho tiempo. En fin, tres meses después de su partida, cuando se hubo desvanecido por completo la esperanza de que regresase, el conde de Prebois Crancé se casó con doña Rosario.

La felicidad de Luis no fué completa. ¡Siempre echó de menos á Valentín!

FIN.

ADVERTENCIA.—Se está preparando otra preciosa novela del autor del *Rey de las Tinieblas*, titulada *Valentín y Curumilla*, que daremos á nuestros suscritores después de la titulada *Aventuras de un misántropo*, que principiará en el próximo número.

LA PALOMA DE LOS CIELOS

NOVELA RELIGIOSA É HISTÓRICA

ORIGINAL DE LA

SRA. D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILGHEZ.

(Conclusion.—V. el n.º 79).

IV.

Una hora después, sentado en medio de la profanada iglesia y teniendo á su derecha á Lisimaco, á la izquierda al joven Aurelio y delante, formando un semicírculo, á todos los jefes de sus tropas, dirigía al primero estas palabras, con la espresion de la mas refinada crueldad retratada en el semblante:

—Hánme dicho, sobrino mío, que has hallado una hermosísima joven en esta madriguera de imbéciles cristianos. También sé que ella acompañada de una miserable vieja y una dama de nuestra corte, son las únicas que has detenido, cuando el aviso que nos dieron aseguraba que ascendían á un número bien considerable. Decididamente en otra expedicion necesitaré valerme de otro mas esperto que tú, porque si no, esos fanáticos se escaparán á mi enganza y á las leyes del emperador.

El joven nada contestó; pero en su rostro se veían las señales de una profunda agitacion, de un temor hártó fundado.

—Vamos, dijo Seleno, estoy ansioso de ver á esas cristianas. Vamos, Aurelio, conducid á la mas joven, dicen que es bella y debe tener la preferencia.

Sus labios se plegaron entonces con una cruel sonrisa, y continuó:

—En cuanto á tí, sobrino, te prohibo permanecer en este sitio; retírate, y como no has cumplido con tu deber, dejando huir á nuestros enemigos, entrega tu espada y disponte á permanecer en prision.

—Señor.....

—Silencio: soy tu tío ante los hombres; ante el ejército eres mi segundo,

—Nada había que replicar: Lisimaco tembló de cólera y dirigió una mirada en derredor; pero solo halló rostros impassibles y cinicos que no espresaban sino la audacia y la malicia. ¿Qué

otra cosa podía esperar de los que acababan de profanar una iglesia y saquear un monasterio?

Al ver su agitacion, todos se encogieron de hombros, y el joven no encontró una mirada de apoyo ó compasion; ¿que iba á hacer solo contra tantos? Cedió, pues, á una fuerza superior, é inclinando la cabeza sobre el pecho, salió de la iglesia sin abrigar una esperanza de salvacion para la que tanto había interesado su alma.

Entre tanto Aurelio, cumpliendo la orden de Seleno, se dirigió á la celda prioral dispuesto á conducir á Frebonia ante su inhumano juez.

El lugar que ocupaban las tres desgraciadas prisioneras aun conservaba su aspecto risueño y santo, gracias á la permanencia de Lisimaco en su entrada.

Sus anchas ventanas estaban cubiertas de blancas y sencillas cortinas, que plegadas con armonia, impedían que penetrasen los abrasadores rayos del sol. Algunos bancos de madera servían de asiento, y profusion de pinturas representando, ora el cruel martirio de algunos confesores de Cristo, ora las consoladoras imágenes del triunfo de sus santos, cubrían aquellas paredes que por tanto tiempo habían prestado su abrigo á las nobles religiosas.

Sobre una mesa cubierta con un blanquísimo paño de lino, se alzaba una gran cruz, donde se veía la augusta figura del Salvador del mundo que con su amorosa y triste mirada, y sus brazos estendidos sobre el madero, parecía querer proteger y brindar un refugio en su paternal seno á las débiles criaturas que oraban á sus piés.

Con efecto, Brienna y las dos jóvenes de rodillas, con la frente apoyada al pié de la cruz y cubierta con ambas manos, esperaban tranquilas y resignadas el fin de los sucesos de aquel dia, sin que el valor y la fé las abandonasen ante la imagen sacrosanta de su Dios.

La llegada de Aurelio interrumpió su honda meditacion. El guerrero se inclinó confuso y sin poder apenas transmitir la orden de que era portador.

—Una de vosotras debe seguirme, dijo con trémulo acento.

—Entonces se empezó una competencia digna de las que la sosténian, juzgando que la muerte las esperaba.

Brienna asió de las manos á sus dos compañeras.

—Dejadme ir á mí, hijas mías, las dijo; yo ya soy muy anciana; mis piés se fatigan en el camino de la vida; mis dias son contados, dejadme ir á mí; ¿de qué sirve mi vejez en el mundo?

—No, no, gritaba Frebonia; yo debo ser la escogida; ¿qué sería de mí ignorante y pobre criatura? Débil yedra criada en estos muros, ¿qué tronco me serviría de apoyo?

—¿Y yo? murmuraba FERIA tristemente, qué haré en esa sociedad corrompida de donde hace poco me alejé? ¿quién me prestará valor para no separarme de la senda que he emprendido? Dejadme, por piedad, volar á la muerte. ¿Cuán preferible es dar la vida por nuestras creencias que esponerse á profanarlas en ese mundo que no las sabe respetar!

El joven Aurelio puso fin á aquella lucha conmovido de presenciársela.

—A vos es, dijo dirigiéndose á Frebonia; á vos es á quien me ordenan conducir.

Las palabras espiraron en los labios de Brienna y FERIA, y una sonrisa dulcísima animó los de Frebonia, que sin pronunciar una sola palabra se arrodilló á los piés de su noble tia, esperando su bendicion.

Un angustioso sollozo levantó el pecho de la anciana, y abrazando estrechamente á la virgen:

—Vé, la dijo anegada en lágrimas; vé, hija mia, á mostrarte digna esposa de Jesucristo: y cuando tu madre me pida cuenta de tu sangre derramada, yo la responderé que la has vertido por nuestra fé, y su alma se regocijará en el cielo.

—FERIA abrazó también á su hermana, ruega por mí; murmuró á su oído con trémula voz; ruega por mí, y adios, hermana mia.

La virgen se apresuró á desprenderse de aquellos tiernos lazos que ligaban su corazón, y se precipitó hácia la puerta; mas al llegar á ella volvió sus hermosos ojos á las que quedaban, y sin poder resistir el último esfuerzo de su afecto, corrió á su tia, besó la orla de su hábito y huyó rápidamente exclamando:

—¡Hasta el cielo!

Cuando la joven salió, Brienna no pudo contener su dolor y cayó de rodillas ante el crucifijo.

—Señor, soy una infeliz anciana y me arrebatan el apoyo de mi decrepitud; dadme fuerza, Dios mío; dadme fuerza para resistir mi soledad.

La triste mujer tenía razon: su naturaleza era muy débil para resistir aquel golpe, y falta de sentido, hubiera rodado sobre las duras losas del pavimento si FERIA no la hubiera recibido en sus brazos.

Hay circunstancias en la vida tan llenas de azares, tan empapadas de amargura, que a no sostenernos la idea del mas allá, de esa otra existencia en que la mano de Dios premia los dolores que sufrimos en esta, indudablemente el alma mas fuerte se dejaria abatir por el exceso del pesar, ó se entregaria á la mas horrible desesperacion.

Esto sucedia con la infortunada abadesa: la pobre anciana solo tenía un amor en el mundo; el que profesaba á Frebonia.

En aquel momento juzgaba, con sobrada razon, que su eterna despedida con la joven se había efectuado ya sobre la tierra; sabia que en aquel instante supremo, acaso aquellos miembros tan inocentes, aquella frente que tanto acariciara y aquellos labios cuyas primeras palabras había modulado, serian cruelmente atormentados, sin respetar la juventud ni la hermosura de Frebonia. Pensaba que quizá espiraria en aquella hora, sola, privada de todo humano consuelo; ella, su amada sobrina, la tierna hija de su hermana, sin que la fuera dado recoger su último suspiro, ni velar en su agonía el virginal semblante de la inocente mártir, para librarla de la profanacion y la mofa de sus verdugos.

Todo esto pensaba Brienna, y sin embargo, ni una queja salía de sus labios, porque al pié de la cruz recordaba que Dios ha dicho: «Felices los que en la tierra lloran; bienaventurados los que padecen por mi amor;» y la triste anciana sentía correr sus lágrimas, bendiciéndolas llena de esperanza y dando gracias al cielo por la brillante corona que reservaba para su amada sobrina.

Esta entre tanto llegó ante Seleno cubierta modestamente con su velo y guiada por su conductor.

Cuando la joven divisó aquel sagrado recinto donde tantas veces había dirigido sus plegarias al Eterno, sirviendo de mansion á un ejército bárbaro y desalmado, sus ojos se nublaron por el llanto y apenas pudo sostenerse de pie ante el terrible jefe de aquella tropa embrutecida.

A una seña de Seleno, uno de los mas atrevidos de entre aquellos soldados, se acercó á la tierna niña, y después de arrancarle el velo que cubria su frente, colocó en sus delicadas y blancas muñecas unas pesadas esposas de donde pendía una gruesa cadena de hierro, como si la débil criatura que venia gustosa á ofrecerles su vida hubiese necesitado de semejante violencia.

De este modo empezó su interrogatorio.

—¿Cómo te llamas?

—Frebonia.

—¿Tu edad?

—Diez y nueve años.

—¿Eres noble? eres esclava? á qué clase perteneces?

—Señor, mis padres fueron nobles y disfrutaban riquezas considerables; pero yo nada poseo ni soy libre, porque los cristianos pertenecemos á Dios.

—¿Luego confiesas que, rebelde á las órdenes del divino emperador, ni sacrificas á los dioses, ni acatas las leyes?

—Lo confieso.

—¿Y no tiembles ante mi justo enojo?

—Yo solo tiemblo ante el Señor que ha de juzgarme.

—Es que yo puedo darte la muerte, y una muerte horrible; llena de indecibles tormentos.

—Pronta estoy á sufrirla. El Dios que pudo dar luz al día, color al sol, perfumó á las flores para que revelen su poder, no negará á su criatura el valor y la fuerza para que confiese la omnipotencia de su santo nombre.

—Entonces, sacrificas ó disponte á perder la vida; pero antes de responder, piensa Frebonia, en la ventura de esa existencia que quieres abandonar: el mundo aun puede darte goces que desconoces: esas quimeras con que han transformado tu razon, no son sino obstáculos para que seas feliz. Sacrificas á los dioses, y aun puedes ser envidiada cubriendo de galas esa belleza que de otra suerte será deshecha por los verdugos, como ha sido deshecho el corazón de cien ilusos como tú.

—¿Por qué os atreveis á derramar tan injustamente la sangre de los cristianos, y obligarles á que adoren vuestras falsas deidades? Uno es el verdadero Dios Omnipotente, creador y solo, á quien el universo entero rinde adoracion y ante quien esclavos y señores, vasallos y emperadores deben doblar la rodilla.

—Calla, calla, miserable criatura.

—El aura que guiada por su mano refresca el lirio solitario, bendice entre las moradas hojas el nombre de Dios; la voz del huracán cerniéndose en las nubes, ensalza el nombre de Dios; las olas del verde mar arrojando á la orilla sus blancas espumas, aclaman el nombre de Dios. ¿Cómo permanecerá muda mi lengua el día de cantar sus alabanzas?

—Olvida tales sueños, maldice tales errores,

adora las divinidades y ten confianza en mi poder.

—Tended vuestro brazo, detened ese sol que brilla en el espacio como lo hizo Josué en nombre del Señor; dad á una hoja de esas flores que ruedan á vuestros piés el color y frescura que han perdido; sujetad con vuestro mandato el aire que agita mi velo; y si tanto puede vuestra voluntad que haceis una sola vez lo que mi Dios hace cada instante, entonces creeré en vuestras palabras y acataré vuestro poder.

—¡Oh! ya has agotado mi paciencia, y vas á probarlo: aumentad sus cadenas!

—Yo os doy gracias; son las joyas mas ricas y las únicas que he llevado en mi vida, y os suplico que no me despojeis de ellas.

Media hora duró aun esta escena, en que el genio del mal apuró su maldita elocuencia para aconsejar á Seleno, y en que el serafín guardador y hermano de Frebonia sostuvo la fé de la joven y murmuró en su oído las palabras que pronunciaron sus labios.

Trascurrido aquel tiempo sin que el tirano consiguiese vencer la heroica firmeza de la niña, exasperado y colérico, decidióse á sacrificarla en aras de su bárbaro furor. Pero no contento con solo privarla de la vida, inventó mil clases de suplicio para atormentar su virginal cuerpo, y aunque todos eran crueles y espantosos, ninguno le satisfacía.

Resignada la joven á sufrir sin murmurar ni quejarse, oyó su sentencia sin que una nube de dolor oscureciese su semblante.

Silio, uno de los soldados mas desapiadados y feroces del ejército, fué el escogido para inmolara tierna víctima que dócil, tranquila y sumisa, se dejó llevar al sitio de haber de perder la vida.

Algunos la siguieron indiferentes; pero la mayor parte se alejó murmurando, sin querer manchar sus manos con la sangre de una débil mujer.

Frebonia, la flor del monasterio, la mas bella y purísima paloma de aquel agreste y solitario nido, fué conducida al extremo del jardín por la parte occidental, y frente de las ventanas de la estensa celda prioral. Allí, puesta de rodillas, entre tanto disponian su suplicio, dirigió una mirada y abarcó en toda su estension aquel recinto, donde habia pasado los inocentes años de su vida y en que cada flor, cada árbol, cada planta le recordaban una hora de su dicha pasada y alimentaban la esperanza de su felicidad futura. Una lágrima, una sola humedeció sus pestañas, cuando fijó sus ojos en la morada de Brienna.

—Adios, dijo entonces, dulce y tierna criatura que me has servido de madre; tú que me enseñaste á conocer la fé por que muero, recibe con el adios de mi despedida la última bendicion de mi gratitud y de mi amor. Flores que alegrasteis mi niñez, y que hoy sereis regadas con mi sangre, creced para conservarle mi último suspiro y mi último adios.

En el duro pecho de algunos de aquellos hombres encanecidos en la guerra, brilló una chispa de compasion al escuchar estas palabras.

Solo Seleno, que quiso presenciar el martirio, permaneció impassible, y haciendo una señal al encargado del papel de verdugo, obligóle á descargar un fiero golpe sobre la purpúrea boca de la virgen, cuyos blancos dientes saltaron con un

crugido espantoso envueltos en un torrente de sangre, sin quedar en su lugar uno siquiera.

Aurelio entonces, que aguardaba horrorizado el fin de tan sangriento drama, quiso huir de aquel sitio, pues no podia contenerse ante tanta barbarie, ni oponerse á las órdenes de Seleno.

Frebonia notó sin duda el movimiento de horror del joven, y adivinando en su alma un sentimiento de compasion, alzó sus manos y le hizo señas de que se acercara. Obedeció Aurelio, y pudo ver una pequeña cruz de nácar que la doncella se quitó del cuello, y colocándola en su mano.

—Dádsela á vuestro amigo, dijo, en pago del interés que ha mostrado por nosotras; no tengo alhaja de mas valor; ¡ay! quiera el cielo que sea el áncora de su eterna salvacion.

Pero en este instante la mártir alzó sus ojos á las ventanas de Brienna y un grito se escapó de sus labios, pues allí mismo, con las manos extendidas hácia ella y las mejillas bañadas en llanto, se hallaba la desconsolada anciana, y á su lado, pálida, desencajada, Feria, que miraba sin comprender los preparativos de la terrible escena que iba á ejecutarse. Aurelio la adivinó y quiso huir.

—Os juro entregar esta cruz, dijo colocando la mano sobre el corazón, y desapareció veloz de aquel sitio, yendo á encontrar á Lisimaco, á quien suponía entregado al furor y á la desesperacion.

Algunos momentos permanecieron las dos mujeres contemplando á Frebonia, en cuya tranquila frente irradiaba la luz divina de la fé.

Después, un humo denso y sofocante la ocultó enteramente de su vista. ¡Era el de la hoguera en que debia terminar su vida aquella á quien tanto amaba!

La llama se alzaba ardiente y devastadora; los añosos árboles del jardín la daban pábulo...

De repente cesó su resplandor, y al siniestro ruido de las maderas que crugian y se quebraban, se mezcló una voz dulcísima que exclamaba:

—Señor, que mi sangre borre las culpas de mis enemigos, y que mi muerte sea el principio de su vida eterna.

En breve volvió á elevarse la llama con mas intensidad que antes...

Todo estaba terminado. Brienna y Feria cayeron de rodillas.

La ancha y abrasada hoguera separó un momento su vacilante llama.

Todos fijaron la vista en aquel sitio.

De las cenizas de la virgen se alzó una blanca y purísima paloma, que llevando una azucena en su brillante pico, se elevó con sosegado y blando vuelo, y desapareció en el éter.

Era el alma de Frebonia que el Espiritu Santo subia á los cielos.

Un grito unánime se escapó de los labios de aquellos soldados, que cayeron postrados en tierra.

Nadie pudo sócorrer á Seleno, que sin conocimiento rodó convulso por la arena.

Era el 25 de junio en uno de los primeros años del siglo IV.

Algunos dias después las cenizas de la inocente mártir eran colocadas con respetuosa veneracion en la iglesia del convento que Feria y Brienna no quisieron abandonar.

Entre tanto, fuera de aquel sagrado recinto, algunos soldados cavaban una sepultura; era para Seleno.

La rabia, el espanto y el furor que experimentó al presenciar el triunfo de la virgen, trastornaron de tal modo su razon, que al recobrar de nuevo el aliento, mostró que habia perdido la razon.

En un acceso de su locura fué á estrellar su cabeza en una de las columnas del atrio de aquel mismo templo donde habia decretado la muerte de Frebonia, de aquella santa niña, cuya última súplica escuchó Dios, haciendo que Lisimaco, Aurelio y todo su ejército se convirtiesen á la fé católica, y recibiesen en aquel mismo santuario las purísimas aguas del bautismo.

FIN.

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas, por J. CASTERA.

(Continuacion.—Véase el n.º 79).

Entrada en el estrecho de la Sonda.—Descanso en Batavia y en Batam, en la isla de Java.—Vista de la estremidad meridional de la isla de Sumatra.—Paso en el estrecho de Banca.—Llegada á Pulo-Condor (4).

Después de haber navegado en las altas latitudes meridionales durante todo el primer mes del año 1793, y haber atravesado un Océano mucho mas vasto que el que baña las costas de Europa, lord Macartney y los demas pasajeros del *Lion* y del *Hindoustan*, que hacia mucho tiempo no podian esperar encontrar embarcaciones, empezaron por último á conformarse de hallarse bien pronto en sitio donde las embarcaciones que saliesen de Canton para volver á Inglaterra, pudieran decirle la impresion que habia hecho en China la notificacion de la embajada. Estas embarcaciones tienen costumbre de separarse del camino derecho, ganando el lado del sud, para alcanzar las latitudes donde los vientos son siempre mas favorables á los que cinglan hácia Europa.

El *Lion* y el *Hindoustan* se hallaban aun mucho al sud de aquel camino; pero habia motivo de creer que dirigiéndose hácia el nord-este, para entrar en el estrecho de la Sonda, volvieron á encontrar las embarcaciones, que saliendo del estrecho, hacian un camino opuesto al suyo. Sin embargo, el viento no favoreció siempre su intencion: algunas veces sopló además del punto precisamente hácia el cual querian darse á la vela; pero bien pronto cambió, si no en su totalidad, al menos lo bastante, para no tener lo que se llama en el lenguaje de la marina *viento ancho*; y como entonces podia obrar con mas velas á la vez, y no habia batido á la embarcacion por el lado de popa, produjo un efecto mucho mas considerable. El *Lion* hizo su marcha de tal manera acelerada, que el dia que volvió á los trópicos, no hizo menos de doscientas treinta millas, que eran mas de lo que hasta entonces habia hecho en un mismo espacio de tiempo.

(4) Esta relacion, que es muy curiosa, se intercala en el viaje de Macartney, pues es la expedicion anglo-francesa que siguió exactamente el mismo camino que tomó nuestro ilustre embajador.

Mientras sopló la brisa con fuerza, el ardor vertical de los rayos del sol no impidió que el tiempo fuese agradable. Los pájaros del trópico, notables por la altura de su vuelo y por las largas plumas que llevan en su cola, empezaron á presentarse. Retozaban sobre las aguas grandes bandadas de marsopas, mientras que el pescado volante, cuya especie es muy numerosa en estos mares, no escapaba del enemigo armado de nadaderas sino para llegar á ser presa de aquel que esperaba en los aires. Se veian muchas trombas marinas, de las cuales las unas parecian surtidores de agua, que alcanzaban casi á la altura de las nubes las menos elevadas, y las otras podian tomarse por el efecto del soplado de las ballenas.

El *Lion* y el *Hindoustan* se separaron uno de otro mas de lo acostumbrado, á fin de abrazar mayor estension de horizonte y tener, por consiguiente, mas facilidad para descubrir las embarcaciones que salian del estrecho de la Sonda caminando hácia Europa. Muchos de nuestros viajeros, contando con uno de estos encuentros, y sabiendo además que no podian detenerse mucho tiempo en estas ocasiones, se ocuparon en preparar cartas para sus parientes y amigos que habian dejado en Inglaterra. Este cuidado les recordó por algunos momentos sus intereses lejanos, y renovó en su alma sensaciones afectuosas; pero mientras procuraban volver á encontrar otras embarcaciones, el *Lion* y el *Hindoustan* no pudieron hallarse el uno al otro. Hasta entonces constantemente se habian seguido recorriendo ciento y algunos grados de latitud, y mas aun de longitud. Cada uno caminó por su lado para la isla del Norte, que es el punto de

Los inconvenientes de una larga estancia en la mar empezaron á dejarse sentir. Se manifestaron síntomas de escorbuto en las tripulaciones de ambas embarcaciones; sin embargo, á las medidas adoptadas para conservar la salud, y de que ya hemos hecho mencion, se habia unido el uso de los antiescorbúticos; se daba la acedera á los marineros para que la mezclasen con los demás alimentos, distribuyéndoles tambien de cuando en cuando la esencia de brea. Las raciones de tabaco que se les dió fué para ellos de mucho gusto; pero los remedios sobre los cuales se contaba el plus, y que en efecto debian ser los mas eficaces, eran el aire de tierra, al que se aproximaban, y los frutos y legumbres que allí esperaban encontrar.

—Cuando el *Lion* fué por los 20° grados de latitud sud, y por los 100° de longitud y mas al este del meridiano de Greenwich, los oficiales esperaban que las yerbas, los pájaros de tierra, los pescados que frecuentaban las costas, les indicasen la proximidad de la tierra, ya la isla de Cloat ó las rocas que se encuentran en algunas cartas, señaladas en las cercanias de estos parajes. Pero no descubrieron nada hasta el momento en que estuvieron por los 7° de latitud de la línea y por un poco mas de 103° de longitud.

Entonces vieron una pequeña isla, que supusieron seria la isla de Clapp: no tenia mas que siete ú ocho millas de circunferencia; pero estaba bastante elevada para poder en buen tiempo ser vista de muchas leguas. Al dia siguiente, que era el 25 de febrero de 1793, se apercibió la punta mas occidental de la isla de Java, á la que se

le ha dado el nombre de *Cabeza de Java*. A poco tiempo se vió la isla del Príncipe y la entrada del estrecho de la Sonda.

Este estrecho está formado por el lado sud-este de la gran isla de Sumatra y la estremidad nord-este de la de Java. Se ve en su curso un gran número de pequeñas islas, ofreciendo un espectáculo menos grande, á la verdad, que las enormes montañas que rodean al puerto de Rio-Janeiro, pero cuyo agrado y riqueza dificilmente pueden sobrepujarse. Las islas de Java y Sumatra que tienen sus orillas bajas y presentan al mismo tiempo un anfiteatro donde se encuentran los sitios mas variados y todas las clases de verde.

Entre las pequeñas islas, hay pocos parajes que sean áridos y escarpados. Se encuentra una precisamente en el centro del estrecho, por lo que los navegantes ingleses la distinguen bajo el nombre de la *Contrariante*: allí se encuentran además dos redondas y tres pequeñas que ellos llaman le *Bonnet* y le *Bouton*. Casi todas las demás son llanas, cubiertas de árboles, y tienen por base camas de coral: algunas estan rodeadas de una playa de arena blanca donde abundan las tortugas; pero la mayor parte estan cubiertas de un bosque de arbustos cuyas raíces baña el mar, y al mismo tiempo el extremo de las ramas pendientes. Todo alrededor se ven muchos escollos ó multitud de pequeños animales acuáticos cruzando sus habitaciones calcáreas donde hallan el reposo y la seguridad. Estas moradas se elevan insensiblemente por cima de la superficie del agua, y el depósito que allí se hace de una manera vegetal, dan origen á plantas y árboles, llegando á ser nuevas islas, engrandeciéndose aquellas que habian sido ya producidas de la misma suerte.

A la verdad que es imposible no admirarse al contemplar los diversos medios de que la naturaleza se vale para conseguir el mismo objeto. Unas veces pone al Brasil sobre cimientos de granito; otras por repentinas convulsiones, hace salir del seno de las olas la isla de Amstérdam, donde continúa empleando seres animados para formar nuevas tierras en el estrecho de la Sonda.

Una de estas producciones coralinas es la isla del Norte, donde el *Lion* encontró al *Hindoustan* anclado. Este último habia vuelto á hallar á la entrada del estrecho una embarcacion de la Compañia de Indias que volvia de la China. Los comisionados de la Compañia en Canton habian encargado á esta embarcacion sus pliegos para lord Macartney, y por consecuencia se hallaba detenida en Batavia. Pero viendo al cabo de diez dias que el embajador no llegaba, dejó depositados los pliegos y se puso en camino.

El *Lion* y el *Hindoustan* se volvieron á unir en la isla del Norte á Batavia. Aquella travesia parecia un paseo de recreo: la mar estaba estremadamente igual y se veia en su superficie un número inmenso de grupos de islas de coral. La sustancia que los compone es muy dura y semejante á la roca. En varios puntos, los viajeros sacaron del fondo del mar una cantidad considerable de zoófitos, los cuales unos eran de una testura carnosa, y los otros parecian al cuero. Tambien habia grandes masas de coral de diferentes especies, madréporos, tubiporos, celliporos, los unos llanos, los otros redondos, ramosos, unas veces blancos, otras azules, algunas morenos y el mismo pié reuniendo algunas veces



estos tres colores: el tubiporo (1) era solo rojo.

Aparte de los animales acuáticos que producen las islas de coral, hay una prodigiosa cantidad de otros que muchos de ellos están condenados a no moverse sino en el fondo del mar. Los de esta especie, que se encuentran en gran cantidad en el canal de la Sonda, son el erizo de mar, la estrella de mar y la holoturia. Otros están aun más limitados en sus movimientos como la ostra común, que al menos no está fija en un sitio particular; pero se encuentra algunas veces transportada de un banco al otro, ya por el impulso de las mareas ó de las corrientes, ya por algún otro movimiento de las aguas. Hay pues animales que se hallan no solamente encerrados como las ostras en una concha doble, sino que el marisco se halla incrustado en la enorme masa de una roca calcárea. Las ostras tienen la facilidad que les es necesaria para abrir sus válvulas y cerrarlas con la presa que las olas les llevan por casualidad. Estos crustáceos ofrecen numerosos ejemplos de diferentes grados que se encuentran en la vida animal, desde el movimiento rápido y sensibilidad exquisita hasta la simple irritabilidad vegetal donde estos dos reinos de la naturaleza parecen encontrarse y confundirse.

Entre las rocas de coral que se ven por cima de las aguas y en las que la vegetación empieza a prosperar, hay un gran número de pequeñas que cada una de ellas no lleva sino un solo tallo semejante á un mástil de embarcación; de manera que á cierta distancia parecen á la vista muchas flotas ancladas. El Lion y el Hindoustan

(1) Tubipora musica.

fondearon para pasar la noche cerca de uno de estos grupos, al cual el gran número de rocas que le componen ha hecho darles el nombre de Mil Islas. El cielo estaba claro; las estrellas brillaban con toda su claridad: las mayores y aun las que las seguían se observaban fácilmente elevarse ó descender del horizonte, y su amplitud y distancia de Oriente á Occidente podían ser tan exactamente observadas como las del sol y la luna. Las constelaciones meridionales del Centauro, de la Cruz y del Argo parecían formar la parte del firmamento más brillante que podía la vista recorrer desde aquel sitio hasta las elevadas latitudes del septentrion.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

PADUA—SAN ANTONIO DE PADUA.

Pádua es una de las más importantes y antiguas ciudades de la alta Italia, y constituía, antes de la destrucción de la república de Venecia por Bonaparte, uno de sus principales estados.

El paisaje que rodea á Pádua es de lo más risueño y ameno que puede darse. Los caminos están plantados de moreras, y el vigor y la elegancia de las parras enlazadas á lo largo del camino en forma de guirnaldas, produce un efecto encantador, cubriendo las ramas de los árboles, y estos festones cargados de hojas y de frutos, recrean la vista de un modo admirable.

Pádua se halla situada sobre la ribera derecha

del Brenta. Puede decirse que su campiña es el gran jardín de Venecia, poblado de elegantes casas de campo ó villas, en donde cada patricio venía en otro tiempo á descansar del ruido de los negocios ó del cuidado de la política. Los arcos de piedra que encuadran cada una de sus calles, y bajo los cuales desafían sus habitantes el sol del estío y las lluvias del invierno, son más cómodos que poéticos. Sus murallas llenas de bastiones y guarnecidas de fosos, abrazan una extensión de dos leguas y media de circuito. La arquitectura de las casas es monótona y falta de estilo; pero los edificios públicos son notables, especialmente las iglesias y palacios. Los paduanos hacen remontar el origen de su ciudad á los tiempos de la guerra de Troya, apoyándose en la autoridad de Virgilio y Tito Livio. Alarico y Atila cuando desolaron la Italia la destruyeron. Carlo Magno y los Lombardos se batieron encarnizadamente dentro de sus muros. Empero si la irrupción de los bárbaros estuvo á punto de hacerla desaparecer del mapa de Italia; en cambio la edad media la dotó de monumentos grandiosos y respetables, que aun causan hoy la admiración del viajero.

Hoy es una de las ciudades que constituyen el célebre cuadrilátero con que el Austria, después de la cesión de la Lombardia, defiende el Véneto. Naturalmente, lo primero que ocurre al viajero al llegar á esta ciudad, es visitar el templo donde está el sepulcro de san Antonio. Edificada sobre las ruinas de un antiguo templo del género gótico, la iglesia de San Antonio, á quien los paduanos tienen una gran devoción, fué comenzada



Otra prueba de que los lentes no sirven para ver.

en 1238 y acabada en 1307, sobre los planos de Nicolás Pisano. Está coronada con seis cúpulas y encima de la puerta principal hay una pintura del célebre Montegna que representa a san Antonio y san Bernardino con la inscripción siguiente: *Andrea Montegna optimo favente mimine perfecit MCDLII*: obra de Andrés Montegna por la gracia de Dios óptimo. Este edificio, compuesto de tres naves, encierra gran cantidad de monumentos fúnebres, de estatuas, de bajos relieves, de cuadros que ocupan la atención del viajero muchas horas.

Encima de cada una de las pilas del agua bendita hay una estatua del Ticiano Aspeti. Pasando la nave lateral de la izquierda, se ve el altar de la Virgen con un cuadro de Montegna. En todas las capillas hay bajos relieves de bronce de Donatelo. El altar mayor es de Campana. La capilla principal resplandece por los mármoles finos y las estatuas de los principales escultores de Italia, que han esculpido la historia del bienaventurado san Antonio en nueve bajos relieves de tamaño natural.

La capilla de San Antonio, en la que día y noche arden numerosas lámparas de plata, está construida sobre el plano de San Sobino, y es una de las más célebres de Italia. La bóveda

está tallada con bajos relieves muy hermosos, por Ticiano Minio. Una especie de arca en que reposan las cenizas del santo, es de mármol de verde antiguo. El metal de las puertas, el de los cuatro ángeles colocados al lado, así como el de las tres estatuas por Ticiano Aspeti, es tan fino como el de Corinto. Además hay dos grupos de mármol de Carrara, uno por Parrodió y otro por Marinalli.

Los nueve bajos relieves que representan la vida de san Antonio, están alrededor de la capilla. En el primero, san Antonio recibe el hábito de san Francisco delante de seis personas, por Minello. En el segundo, reanima a una mujer desmayada y peligrosamente herida por su esposo furioso, por Pelucca. En el tercero, por salvar al padre acusado, resucita al hijo muerto poco antes, por Campana, discípulo de San Sobino. En el cuarto, una joven anegada vuelve a la vida en presencia de doce personas, por San Sobino, que ha espresado aquí con la mayor perfeccion todos los sentimientos. En el quinto la resurreccion del joven Parracion, por Catanio. En el sexto, diez testigos asisten al milagro, por el cual hacen encontrar el corazon de un avaro en el arca de su tesoro, por Lombardo. En el sétimo, por el mismo, el joven Leonardo está arrepentido de

haber dado un puntapié a su padre, y se corta él mismo una pierna. En el octavo, Juan de Minio ha grabado la conversion del hereje Alejandro, el día de la muerte de san Antonio. En el noveno y último, hace hablar a un niño de pecho. En una capilla que está a la inmediacion del sitio donde primitivamente fué depositado el cuerpo del santo, hay varios cuadros de Justiniano de Pádua. Encima de una tribuna está el retrato del santo, que murió de hidropesía a la edad de treinta y seis años en 1231, por Giotto. Tambien hay en la misma capilla seis bajos relieves de bronce, representando pasajes del Antiguo Testamento, como la destruccion del templo por Sanson, la victoria de David sobre Goliath, el juicio de Salomon, la muerte de Holofernes y el naufragio de Jonás. Los símbolos de los cuatro evangelistas, en bronce, estan aplicados a los pilares de la capilla, y cerca de allí hay cuatro estatuas del mismo metal, colocadas sobre una magnifica balaustrada. En el santuario se han prodigado todos los géneros de mármol conocido, y hay una gloria de estuco en donde se manifiesta a san Antonio en el acto de entrar en el cielo.

Gran riqueza hay tambien en las demás capillas; pero la del Santísimo Sacramento es de mármol precioso, y por delante de ella tres gru-

pos de bronce manifiestan el milagro en que un niño de pecho habla para hacer conocer la inocencia de su madre injustamente acusada; el prodigio de una mula que se supone adorar al Santísimo Sacramento, y Jesucristo muerto. Los tres grupos son de Donatelo. El tabernáculo ofrece tres órdenes de arquitectura, y está decorado con figuritas encantadoras de bronce, por Donatelo, y columnas del mármol mas raro, por Campana. Por cada parte que se le mire es un monumento distinto.

Largo y enojoso seria hacer la nomenclatura de todos los tesoros de arte y de riqueza que encierra esta iglesia: lo poco que hemos dicho basta para formar una ligera idea y dar una muestra de su importancia. No es grande, es inmensa la veneracion del pueblo por el patron de su ciudad. Muerto de hidropesía en 1231, fué canonizado al año siguiente, y desde ese tiempo tan remoto no ha cesado un momento de ser la providencia de Italia y de Portugal.

Nació Antonio de Pádua en Lisboa, y habia recibido el nombre de Fernando en el bautismo, en 1195.

Tuvo por padre á un noble llamado don Martin de Bouillon, de aquella casa de Bouillon que de su glorioso tronco habia dado al mundo á Godofredo, flor de la caballeria cristiana, y de doña Teresa de Taveda, descendiente de una de las mas ilustres casas de Portugal.

Fernando se habia retirado á la edad de quince años á una casa de canónigos reglars de San Antonio que habia cerca de Lisboa, y allí se preparaba en el retiro al estudio de las santas escrituras.

Ocho años pasó en el convento de Santa Cruz de Coimbra, á donde se habia trasladado desde Lisboa, huyendo de las visitas de sus parientes y del mundo.

Vinieron entonces á Coimbra cinco religiosos de la sagrada orden que san Francisco acababa de instituir, y que hacian la edificacion de la Iglesia.

Enviábalos su santo fundador á predicar la fé á los moros; y habiéndolo hecho con gran fervor, y puesto el sello su sangre á sus doctrinas en la ciudad de Marruecos, fueron á poco traídos sus cuerpos por el infante D. Pedro, hermano del rey de Portugal, D. Alonso II, á Coimbra, y en ella fueron recibidas sus sagradas reliquias con grande veneracion, colocándose en el mismo convento de Santa Cruz, en donde Fray Fernando habitaba. Inflamóse su espíritu en el amor y en la fé de Jesucristo al oír lo que aquellos santos religiosos habian padecido; pidió entrar en aquella orden tan pobre, tan humilde, tan consagrada á Dios, que era generalmente considerada como una verdadera reforma del espíritu monástico.

La orden de San Agustín tendrá siempre la gloria de haber dado el primer nutrimento, la primera sávia á un árbol que Dios trasplantó á otro suelo para bien de la Iglesia entera.

Fernando recibió el santo hábito, y tomó el nombre de Antonio. Pidió y obtuvo de sus superiores el permiso de pasar á Africa para seguir las huellas de los mártires.

Una grave enfermedad le obligó á cambiar sus proyectos.

Le llamaba Dios á otro apostolado y al largo martirio de la penitencia.

Se embarcó para volver á Portugal: un viento contrario arrojó el buque sobre las costas de Sicilia. Antonio se detuvo allí algun tiempo á restablecer su desfallecida salud, y fué despues al capítulo general de Santa Maria de los Angeles, que celebraba en Asís (1221) su santo fundador; allí llegó con Filipino, hermano lego español.

Despues del capítulo, Antonio y su compañero se presentaron á Fr. Graciano, provincial de Bolonia, suplicándole les asignase un convento donde pudiesen estudiar á Jesucristo Crucificado y la disciplina regular. Los llevó á su provincia: Filipino fué enviado á Citá de Castello y en seguida á Colombario, en Toscana, donde murió santamente. Antonio permaneció en el monte de San Pablo, cerca de Bolonia. En una celdita abierta en la roca y aislada, se consagró todo entero á la meditacion de las Santas Escrituras y á la mortificacion de sus sentidos. Viviendo en la sencillez en medio de los frailes, ocultaba bajo un exterior débil y humilde las grandes luces que habia recibido del cielo. Dios prepara siempre en el secreto los apóstoles que deben sobresalir en ardiente virtud y amor. Pronto se mostró á sus superiores y al mundo aquel vaso de honor santificado y preparado por toda clase de buenas costumbres. Enviáronle á Forlí, en la Romanía, para recibir allí las órdenes. Encontrábase allí reunidos muchos de sus hermanos y frailes predicadores y sacerdotes seculares. La ordenacion era precedida de ejercicios espirituales y de exámenes. Despues de una conferencia, el obispo designó á Antonio para hacer una exhortacion piadosa. Obedeció. Su palabra fué al pronto sencilla y tímida; pero entregándose enteramente á las inspiraciones del Espíritu Santo, la revistió de un maravilloso carácter de grandeza y de fuerza. A aquella noticia, el alma de Francisco de Asís se estremece de felicidad y esperanza, comprende que una nueva via iba á abrirse ante su orden, que adquiriria en lo sucesivo, en la tierra y en el cielo, la triple corona de la santidad, del martirio y de la ciencia.

Mandó á Antonio que se consagrara al estudio de la teología, continuando evangelizando á los pueblos. Para obedecer á esta querida y santa voluntad, fué con un religioso inglés, Adán de Marisco, que despues fué un célebre doctor, á Berceil, donde enseñaba entonces con gran éxito y brillantez inmensa en la abadía de San Andrés, Tomás, antiguo religioso de San Víctor de Paris. Antonio, en breve fué superior al maestro, y de todas partes le suplicaban sus hermanos que enseñase á su vez la teología en un convento de la orden. El santo fundador se lo mandó en una carta concebida en estos términos:

«A mi querido hermano Fr. Antonio, Fr. Francisco, salud en Cristo: Paréceme que leas á los frailes la teología para que con tanto y por demasiado estudio no decaiga ni en ti ni en ellos el fervor, el espíritu de santa oracion, como en la regla se contiene.»

Antonio enseñó muchos años con aplauso en Montpellier, en Bolonia, en Pádua y en Tolosa. Era tan persuasiva su elocuencia, y tan penetrante su palabra, y tan grande el fruto de sus discursos, que produjo no pocas conversiones en los herejes, que se presentaron á disputar con él. Antonio era un sabio doctor; empero mas que todo era un misionero apostólico, y bajo este

punto de vista debe estudiarse su historia. Los sermones que de él nos quedan son una série de creaciones preciosas, y un plan completo de un año evangélico. En aquella época las predicaciones daban poco fruto, pocos resultados positivos; pero las virtudes y los talentos de Antonio hacian muy fructíferas sus predicaciones. Prevenian desde luego en su favor unos modales llenos de desembarazo y de política. Su voz fuerte y agradable sabia por tonos variados insinuarse en el alma de los oyentes, conmooverlos y arrebatarlos. Versado en el conocimiento de las letras santas, tenia el feliz secreto de aplicarlas con exactitud en los diferentes asuntos que trataba. De este manantial manaba aquella luz y el calor de sus discursos. Hablaba con una unción admirable, y la caridad de su corazón pasaba á sus palabras, é iban como un ardiente dardo á inflamar todos los corazones. Verdadero discípulo é imitador de Jesucristo, comunicaba á los demás su plenitud y abundancia.

Como todos los santos, tenia un gran desprecio de si mismo y de las cosas terrenales, y un ardiente deseo de los bienes y gloria del cielo. Lleno de ternura por sus hermanos, buscaba sus relaciones; y superior á las consideraciones humanas, no disfrazaba por nada las máximas del Evangelio; los sábios podian encontrar en sus discursos la sublimidad de pensamientos, la brillantez de imágenes, y una noble dignidad de locucion. Los espíritus mas vulgares lo encontraban inteligible á su alcance y claro, porque sus discursos tenian un carácter de sencillez que hacia, por decirlo así, palpables las materias mas abstractas. Todos admiraban su fuerza y su celo, su caridad y su prudencia. Firme sin dureza, bueno sin debilidad, sus reconvenciones mismas tenian algo de amable y de dulce. Hacia resonar alternativamente en los oídos del pecador el temor y la esperanza, y les inspiraba igualmente la vergüenza por sus faltas, y la confianza en Dios.

El papa Gregorio IX le oyó predicar en Roma en 1227, y quedó tan asombrado y sintió tal emocion, que le llamó el Arca del Testamento, queriendo denotar así toda la riqueza y los bienes espirituales que encerraba el corazón del nuevo apóstol.

Además, tenia Antonio un exterior tan grave y edificante, que cada uno de sus actos era una predicacion. Habiéndole invitado un dia uno de los frailes de su convento á venir á predicar con él volvía sin haber dirigido al pueblo ninguna palabra. — Preguntóle el fraile por qué volvía antes de predicar. Antonio, respondió: «¿No hemos predicado con la modestia de nuestras miradas y la gravedad de nuestra conducta?»

Como los sermones de san Antonio son poco conocidos en el tiempo presente, nosotros referiremos para aquellos que gusten de la literatura cristiana, que Antonio usaba mucho en sus sermones de las comparaciones, y estas comparaciones las tomaba siempre de la naturaleza, de la naturaleza querida y conocida de los pueblos á quienes se dirigia. Así, predicando en la Italia superior, por las orillas de aquellos grandes rios donde viven los cisnes, simbolos del mas gracioso poeta, esclama:

«¡Oh, hermanos míos! imitemos al cisne! muere cantando! el cisne por su blancura es la imagen del pecador convertido por la penitencia,

que se vuelve más blanco que la nieve cuando llega la hora de su muerte, deja escapar de su pecho los armoniosos acentos de sus alegres padecimientos.»

«Otra vez, dice, seamos misericordiosos á imitación de las grullas. Cuando una banda de estos pájaros se pone en viaje para una larga correría, hay siempre una que, elevándose más alto que las demás, dirige á la tropa y la escita con sus alas y con sus gritos. Cuando el sonido de su voz se enronquece y está fatigada, otra va á reemplazarla al sitio de observación. Por último, si todas están fatigadas, se ayudan entre sí y se sostienen mutuamente. Acampadas sobre la tierra, las grullas no son menos caritativas las unas para las otras. Dividense los cuidados de la noche, y al menor peligro la que está de guardia da un grito de alarma. Seamos pues misericordiosos como esos pájaros; caminemos muy alto en la vida; seamos previsores para nosotros y para los demás; mostremos por la vía de la predicación el camino á los que lo ignoran; corriamos á los tibios y á los cobardes. Reemplacémonos alternativamente en los trabajos; ayudemos á los débiles y á los enfermos que quedan en el camino; empleemos las vigiliias de la oración y contemplación, grabando en nuestro espíritu las virtudes y gracias de los padecimientos de nuestro Salvador.»

«Cuando san Antonio se eleva á la enseñanza dogmática, su palabra es como un eco de la palabra divina que se oye á los profetas en sus inspiradores voces: para convencerse de esto basta abrir sus sermones. El primer objeto de la predicación es sin duda la gloria de Dios y la santificación de las almas; empero otro objeto especial de la predicación de aquella época era en muchas circunstancias aplacar las divisiones civiles y desarmar el furor de los partidos. Cuando se abre la historia de Italia, se sigue con terror el desarrollo de un terrible drama. Las ciudades armadas contra las ciudades, las familias divididas en facciones funestas: todos los órdenes de ciudadanos combatiendo entre sí por arrojarse mutuamente el poder de la magistratura. Los pueblos se destruían, siendo atormentados por tiranos sacrilegos. La Italia en todos sentidos tenía guerras; una confusión terrible de pueblos combatiéndose encarnizadamente; y en medio de tantos horrores, alzándose la herejía y la abominación. Pero en aquellas tristes circunstancias resuenan dos grandes voces salidas de dos milicias poderosas, los frailes predicadores de Santo Domingo y los frailes menores de San Francisco. Recorren el mundo con un celo ardiente y predicán en nombre de un Dios de paz la reconciliación y el perdón de las injurias. Las poblaciones sin aliento se callan y forman un círculo alrededor de aquellos apóstoles. Entonces no hubo odios, no hubo guerras; no se oyó más voz sobre la tierra que el solemne eco de aquellas palabras: «¡Oh, hermanos! la paz sea con vosotros! la paz es la justicia, la caridad es la libertad tranquila!»

Lástima grande que no nos quede ningún fragmento de aquellas predicaciones poderosas, cuyos dos más ilustres órganos fueron san Antonio y el bienaventurado Juan de Vicencio. Investiguemos en las relaciones contemporáneas los pálidos reflejos de aquellas edificantes voces.

Antonio predicaba en el campo á más de treinta mil hombres reunidos que llegaban allí de todas partes. Los caminos se hallaban cubiertos, durante la noche, de hombres y mujeres llevando grandes antorchas; á fin de llegar al sermón de la mañana, caminaban á porfía todos. Los caballeros y las nobles damas acampaban con los aldeanos y aguardaban con un profundo recogimiento. Todos se despojaban de sus ricos vestidos que tanto podían ofender la santa sencillez; cuando se veía llegar al santo misionero acompañado del obispo de Pádua y de todo el clero, corría por la muchedumbre un indecible estremecimiento.

Hablaba despues, y cada cual abría su corazón al dulce rocío de la gracia. Por respeto á aquel momento tan solemne, cerraban sus tiendas y cesaban en sus negocios los mercaderes de la ciudad. El heraldo de Jesucristo dejaba caer sus palabras que cual una ardiente llama penetraban hasta las almas: pronto las lágrimas caían y se convertían en gemidos y sollozos, y los gritos de dolor y arrepentimiento cubrían los ecos de la voz del predicador. Entonces aquella multitud, con toda la impetuosidad de la fé y del amor, se precipitaba sobre Antonio, cubría de besos sus piés y sus manos, y destrozaba sus vestidos para conservar un pedazo como reliquia. Muchas veces hubiera sucumbido á aquellos transportes de ternura sin el socorro de hombres fuertes y armados que le escoltaban hasta el convento.

La crueldad del tirano Ezzelino desolaba entonces á Verona y Pádua. Antonio, con toda la intrepidez de su celo, entra en el palacio y le dice cara á cara: «Cruel tirano, monstruo insaciable, el juicio de Dios te amenaza. ¿Cuándo cesarás de derramar la sangre de cristianos inocentes y fieles?» Los guardias asombrados no aguardaban más que la orden de castigar aquella audacia; empero Ezzelino convirtiéndose en manso cordero, coloca su cintura sobre el suelo, se arroja á los piés de Antonio y le promete satisfacer á la justicia. Asombrados quedaron los testigos de aquella súbita mudanza, cual si hubiesen visto resucitar á un muerto. Antonio obtuvo la libertad del conde de San Bonifacio y de otros caballeros que tenía presos el tirano. Mas tarde continuó Ezzelino sus violencias, y Antonio continuó también en protestar públicamente contra él en nombre de la Iglesia y de la justicia.

Si ha habido alguna existencia útil y gloriosamente empleada, es la del apóstol franciscano. Recorrió toda la Italia del norte y la Francia meridional, oponiendo una enseñanza positiva á las sutilezas del error. Así los pueblos católicos acudían, al pasar por ellos, saludándole como el infatigable martillo de la herejía. Predicó en Roma, y el milagro de la Pentecostés se renovó en su favor. Cada cual le oyó en su propia lengua. Aplacó el odio inveterado, las profundas enemistades, y estableció la paz y la concordia; libertó y consoló á los cautivos, obligó á los usureros á reparar sus vergonzosas injusticias; fundó esas asociaciones, esas cofradías de penitencia que por tan largo tiempo han edificado al mundo. Dios confirmó con repetidos milagros la doctrina del santo apóstol. Una vez le vieron en su retiro obsequiado por el mismo Jesucristo en figura de niño. El celo de san Antonio no conocía límites. Un año antes de su muerte, gastado y

enfermo, se había retirado á la ciudad de Pádua, para escribir allí sus sermones, que el obispo de Ostia le demandaba con insistencia. Empero al aproximarse la Santa Cuaresma, no pudo resistir al deseo de predicar todavía en medio de aquel pueblo sediento de su palabra, y durante cuarenta días tuvo la felicidad de oírle.

Hallábase fuera de Pádua ocupado en la predicación, cuando se sintió malo y conoció que era aquella la última enfermedad, y quiso que le llevasen á la ciudad. Viéronse obligados á dejarle en un arrabal de Pádua, colocáronle en el cuarto del director de las religiosas de Arcelle, donde murió de la hidropesía de que adolecía, el 13 de junio de 1231, á la edad de treinta y seis años. El mismo día en que murió, queriendo los religiosos de San Francisco ocultar su muerte para poderle enterrar en su Iglesia, sin consideración á la ciudad de Pádua, se divulgó instantáneamente por toda la ciudad, por donde los niños clamaban: «Ha muerto el santo, ha muerto el santo.» Asombrada la ciudad de aquellas voces, conocieron que había muerto san Antonio, y de aquí proviene que en Pádua jamás se dice san Antonio, sino el *santo*; y el ir al *santo* ó venir del *santo*, es lo mismo que decir ir ó venir á la iglesia de San Antonio. Fueron tantos y tan grandes los milagros que todos los días obraba el Señor en el santo sepulcro, que al año siguiente de su muerte, en 1232, el papa Gregorio IX, que lo había conocido particularmente, hallándose en Spoleto, le canonizó y le colocó en el catálogo de los santos. Treinta y seis años había vivido en el mundo Antonio; quince en casa de sus padres, once en la orden de canónigos reglares de San Agustín, y diez en la de San Francisco. Treinta y dos años despues de su muerte fué trasladado su santo cuerpo al templo que se edificó bajo su advocación, y que hemos descrito á nuestros lectores, siendo ministro general de la orden de San Francisco, San Buenaventura que se halló presente. El cuerpo se hallaba reducido á polvo; empero la lengua, instrumento de la palabra, se hallaba viva y colorada. El gran doctor la cogió en sus manos y la besó diciendo con una gran emoción: «¡Oh lengua bendita, que siempre alabaste á Dios, y fuiste causa de que otras le alabasen, bien se ve cuán altos merecimientos tienes ante aquel que para tan altos servicios te formó!»

El padre Fr. Juan de Vicencio, de la orden de los Dominicos, continuó luego las predicaciones que había empezado san Antonio. Predicó la paz en Bolonia, y calmó todos los odios y las discordias de las ciudades de Italia.

¡Cuán dulce es la emoción del viajero cristiano cuando despues de haber atravesado la plaza de Salona y haber saludado la grande y magnífica iglesia de Santa Justina, entra en la iglesia del *santo*, donde cada siglo ha venido á depositar su ofrenda! La iglesia de San Antonio es en pequeño una imitación de San Marcos de Venecia, y descubre en el exterior sus grandes riquezas representadas majestuosamente en sus seis cúpulas. San Antonio es la vida de Pádua, es su alma, su fuerza y sus riquezas. Cuando en medio de una multitud inmensa de peregrinos se ora por la tarde en aquel santuario, se eleva de todas partes como un perfume de piedad, y la antigua ciudad se estremece de felicidad porque

posee un tesoro. Delante de la iglesia hay una estatua ecuestre de Erasmo Nardi, general de las tropas venecianas, que es del célebre Donatello, uno de los mas ilustres artistas de su tiempo.

Tiene Pádua una universidad célebre, donde hizo sus estudios geográficos el célebre Cristóbal Colón, descubridor del Nuevo-Mundo; pero la gloria de Pádua ha pasado como ha pasado la de Venecia. El gobierno austriaco, haciendo pesar su férreo yugo sobre la metrópoli y las ciudades que constituyen los estados de Venecia y Lombardia, ha hecho desaparecer el esplendor de esta universidad, y la desgraciada Pádua no tiene mas, como Venecia, que los recuerdos consignados en su historia y el magnifico edificio que ha respetado el tiempo donde se encierra el sepulcro de san Antonio, y que acuden a visitar de todas partes de la tierra muchos peregrinos ansiosos de adorar las reliquias milagrosas del apóstol, gloria de la Italia, de la España y del Portugal.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTIFICA.

Datos, notas y apuntes sobre el eclipse solar del 18 de julio de 1860.

ARTICULO PRIMERO.

Se aproxima el dia 18 de julio, acercándose por consiguiente el momento ansiado por todos los amantes de las ciencias y por los profanos a las mismas, en el cual, a consecuencia del movimiento de la tierra y de la luna, vendrá la última a situarse entre la tierra y el sol, ocultando este astro, *luminar del mundo* segun Copérnico, y sobre el cual proyecta sin cesar sus rayos, mensajeros veloces de la luz y del calorico. Por breves minutos dejará de brillar en el firmamento, presentando respecto a determinadas localidades en toda su majestuosa grandeza, uno de los fenómenos mas sorprendentes que le es dado contemplar al hombre. Felizmente, desde que la astronomia, merced a los progresos de la ciencia, se ha divorciado de la astrologia, es hecho averiguado y por todos admitido, que los fenómenos celestes no auguran ni pueden anunciar acontecimientos políticos ó cataclismos sociales: hoy las poblaciones no se consternan al anuncio de los eclipses, ante la aparicion de los cometas, ó de cualquiera de los fenómenos, que eran en otras épocas objeto de terror para los pueblos y para los magnates. En cambio no se omite medio ni diligencia alguna para alcanzar de la concienzuda observacion de aquellos, todos los datos é indicaciones que pueden promover los adelantamientos de la astronomia, y darnos una idea mas completa de los movimientos de todos esos millones de soles, de esas vastas aglomeraciones de estrellas que brillan en el cielo, atestiguando la grandeza de Dios y el poder de la ciencia, que ha logrado descubrir las leyes que rigen en el espacio, y a las cuales obedecen aquellas.

Antes de ocuparnos de las particularidades que se refieren al eclipse de sol que tendrá lugar el dia 18 de julio y que de antemano han señalado varios observatorios, entre los cuales debemos mencionar el de Madrid, en cuyo *Anuario*

hemos leído un interesante artículo sobre el mismo, creemos conveniente esponer aunque brevemente algunos principios elementales de la ciencia astronómica, que permitan comprender con mayor facilidad, cuanto esponamos respecto al eclipse solar.

Se aplica la denominacion general de *cuerpos celestes* a todos los que se mueven en la vasta estension de los cielos a impulso de la accion creadora que los ha organizado, sometiéndolos a las leyes de la atraccion universal. No nos ocuparemos en esplicar sus diferentes categorías, ni en dar a conocer su número, ya explorado, ni las particularidades que a cada una de aquellas categorías se refieren, por mas que sean estos datos objeto de admiracion y de curiosidad, contentándonos únicamente con esponer algunas consideraciones generales sobre el sol, la luna y la tierra, que son los cuerpos que intervienen en los eclipses, cuya esplicacion y distintas fases es objeto de estos apuntes.

El sol se encuentra situado en el centro de nuestro sistema planetario, y a su alrededor giran cuerpos celestes opacos, a los que ilumina con su luz, y a los cuales trasmite su calorico; el conjunto de dichos cuerpos constituye el sistema solar; denominándose los mismos, planetas ó astros errantes, entre los cuales se cuenta la tierra, ó sea el planeta que habitamos. Hasta la época de Nicolás Copérnico, que nació en Cracovia en 1473, se creyó que la tierra permanecía inmóvil y que el sol era el que giraba a su alrededor, lo cual no debe admirarnos ciertamente, si recordamos que en aquellos tiempos se ignoraba la inmensa distancia que nos separa del sol y la magnitud verdadera de este astro. Pero en la actualidad que se ha comprobado, segun tendremos ocasion de anotar en breve, la enorme diferencia que existe entre la magnitud sorprendente del sol y la que posee la tierra, se le considera como inmóvil en el centro del mundo, y a la tierra girando a su alrededor en el espacio de un año, porque la razon nos indica desde luego, que es imposible que el sol, ó sea un cuerpo de una magnitud tan prodigiosa pueda recorrer en veinticuatro horas una órbita inmensa, que exigiria para esto una velocidad aproximada de nueve millones de leguas por hora. Por otra parte, no se necesitan sino conocimientos científicos elementales para comprender, recordando la relacion, que el cálculo señala entre las masas de la tierra y la del sol, que este globo inmenso no podría circular alrededor de un cuerpo tan pequeño como es la tierra, sin arrastrar a esta en su movimiento. Así, pues, volvemos a repetir que el sol no cambia de situacion; que la tierra gira a su alrededor en el espacio de trescientos sesenta y cinco dias, sin dejar de girar sobre sí misma en el interregno de veinticuatro horas, constituyendo esta duracion el dia. A causa de este movimiento, los diversos puntos de la tierra, que segun hemos manifestado anteriormente, reciben su luz del sol, se encuentran unas veces a oscuras y otras iluminadas, surgiendo por lo tanto la noche y el dia, cuya duracion total es constante, si bien varia cada una de estas cantidades ó duraciones parciales, a consecuencia de la inclinacion del eje ó del plano de la órbita, que viene a ser la curva que describe la tierra alrededor del sol.

La tierra, ó sea el globo en que vivimos, como los demas planetas, no posee una forma redonda ó absolutamente esférica, ó en otros términos, de diámetros iguales, puesto que existe entre el que pasa por el Ecuador y el diámetro de los polos, una diferencia aproximada de $\frac{1}{200}$ que mide el achatamiento de la tierra. Un gran número de planetas poseen satélites, ó sean otros cuerpos planetarios situados en su esfera de atraccion, y que circulan por lo tanto alrededor de aquellos, viniendo a ser una reproduccion en menor escala del sistema solar. La luna, que es el satélite de la tierra, gira alrededor de esta, sin dejar de efectuarlo sobre su eje. La presencia de los satélites es causa, segun se ha dicho al principio, de los eclipses *parciales* ó *totales* de los planetas, que acontecen cuando se situa el satélite entre el sol y el planeta, robando a este la vista del sol, ó bien de los eclipses de los satélites, cuando estos se encuentran oscurecidos por la sombra que proyecta el planeta. En el primer caso ocurrirán los eclipses de sol, porque la luna se interpondrá entre dicho astro y la tierra, y en el segundo serán eclipses de luna, porque esta se sumergirá en la sombra proyectada por la tierra, siendo entonces esta la que se halla situada entre el sol y la luna.

Sentados estos principios elementales, pasemos a esponer algunos datos extractados de los estudios astronómicos de Arago y de otros sabios, que nos darán una idea vulgar, permitásenos esta palabra, de la relacion que media entre los números que indican la comparacion que puede establecerse al agrupar los elementos que concurren a la constitucion del sol, de la tierra y de la luna.

Suponiendo el diámetro de la tierra igual a la unidad, el del sol es ciento doce veces mayor, y el de la luna se espresa relativamente al primero, por la fraccion decimal 0,264. La densidad de la tierra siendo la unidad, la del sol es de 0,254, y la de la luna 0,619. Respecto al volumen de los tres cuerpos que comparamos, representando por la unidad el de la tierra, el de la luna es $\frac{1}{9}$ y el del sol 1,407,124 mayor que el de la primera. Finalmente, si la unidad indica la masa de la tierra, la de la luna es de $\frac{1}{83}$ y la del sol 354,936. Estos datos bastan por sí solos para darnos una idea relativa de las distancias que deben existir entre la tierra, el sol y la luna, y esplican por la menor distancia a que esta última se encuentra, cómo nos parece mayor que el primero, siendo así que entre sus diámetros existe la diferencia ya anotada. Espongamos algunos datos que harán mas tangible lo que queremos espresar. La distancia media del sol a la tierra es de 34 millones de leguas; trayecto que, segun el cálculo de Arago, tardaria en recorrer una bala de a 24 que conservase su velocidad inicial, ó sea la que le anima al salir del cañon, mas de doce años, siendo así que para recorrer el espacio que separa a la tierra de la luna solo emplearia, con la misma velocidad, once dias. La luz, cuya velocidad es de 70,000 leguas por segundo, tarda ocho minutos y diez y ocho segundos en llegar del sol a la tierra.

Los principales gérmenes de luz son los cuerpos celestes tales como el sol y la luna, la combustion, las acciones químicas, etc.: fijemos algunos datos que nos den a conocer su intensidad

relativa. La luz del sol es aproximadamente igual á la de seis mil bujías situadas á la distancia de 33 centímetros; la luz de la luna viene á ser 1/300,000 parte de la del sol. Respecto á las luces artificiales que pueden compararse por su brillo con la del sol, solo es dado enumerar la luz eléctrica y la denominada de Drummond, que se obtiene proyectando un chorro de gas hidrógeno en combustión, sobre una barra de piedra caliza. La intensidad del movimiento luminoso, ó sea la de la luz, varía en razón inversa del cuadrado de la distancia al punto iluminado; es decir, que aquella es cuatro ó nueve veces menos intensa, si la distancia es dos ó tres veces mayor. El calor que recibe la tierra del sol es enorme y casi incalculable: Mr. Thomson aprecia en 63,000 caballos de vapor la fuerza que engendraria el calor que recibe cada metro cuadrado de la superficie de la tierra.

En la actualidad se fija la hora, el minuto y el segundo en que deben principiar los eclipses, su duración y su término, así como las partes aparentes que han de quedar oscurecidas en los discos del sol y de la luna, según sea el eclipse que haya de surgir, y por último, con harta y notable aproximación, las localidades de la tierra, en las cuales empezará á ser visible aquel, el camino que ha de recorrer, y los términos en los cuales ha de finalizar. De esta suerte puede concertar la ciencia sus medios y organizar sus estudios, para que no pasen desapercibidas ninguna de las circunstancias que se refieren á los eclipses, efectuando cuantas observaciones pueden desearse en pro de los adelantamientos de la astronomía física.

Así ha sucedido en efecto, respecto al próximo eclipse. El autorizado director del observatorio ruso, Mr. Dorpart, ha sido uno de los primeros astrónomos que ha calculado con exactitud todas sus circunstancias con relación á España. También ha anunciado que en el momento de la oscuridad, cuatro de los planetas principales, es decir, Venus, notable por su brillo á causa de la luz que en mayor proporción que nosotros recibe del sol; Mercurio, el planeta más próximo al sol y que dista de nosotros 21 millones de leguas; Júpiter, que se encuentra alejado de la tierra cuatro veces más que el sol y cuyo volumen es mayor que la suma de los volúmenes de los demás planetas, y Saturno, extraño y notable por el anillo que le rodea, vendrán á formar alrededor del sol una especie de romboide; combinación asaz extraña y que no se presentará en ningún otro eclipse sino después de haber trascurrido muchos siglos. En vista de esta particularidad, no debe extrañarnos que esclame Mr. Maedler: « ¡Felices los que puedan admirar tan magnífico espectáculo! »

En nuestro próximo artículo nos ocuparemos de los eclipses, sin detenernos en buscar en los anales astronómicos la época en la cual se anunciaron, ni en extraer los hechos históricos relacionados con los mismos, ni el partido que en situaciones críticas sacaron de su predicción, generales, sacerdotes y astrólogos que supieron acomodar á sus planes é intentos, la predicción de los fenómenos que son objeto de estos apuntes completamente elementales.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

VARIETADES.

ANÉCDOTAS. — Mistriss Pick se decía: — ¿Qué regalaré á mi esposo el día de su santo? Y como mujer prudente y económica no piensa en dulces ni otras zarandajas; pero resuelve comprar en un almacén de ropas hechas una hermosa bata bien algodónada, respunteada y de un encarnado capaz de durar hasta la consumación de los siglos.

Hizo su compra, y mister Pick á las diez de la mañana, el día de sus días, se probaba aquel rico y majestuoso abrigo.

— Querida mía, la dijo, es un regalo precioso y te felicito por la elección de la tela y del color; el corte y hechura son muy elegantes. Solamente....

— ¡Adios! hay un solamente!

— No es nada, querida, la bata está bien en todos conceptos, y solamente es un poco larga. Toma, miralo por tí misma, me llegas hasta el tobillo, no debiendo descender, según mi opinión, sino hasta la pantorrilla, y quisiera que la acortasen siete ú ocho centímetros.

Mistriss Pick muy contrariada, agarró la bata, la arrojó en un armario y ofreció ocuparse de ella.

Algunos días después el cielo se cargó de nubes, el calor llegó á ser sofocante y los relámpagos anunciaban una violenta tempestad. Hacia la media noche, mistriss Pick despertada por el rimbombó de los truenos, encendió la lámpara, se levantó y trató de distraerse de los miedosos pensamientos que la tempestad le sugería. Entonces se acordó de la bata, la sacó de su escondite, la acorta diez centímetros, la cuelga en la percha y vuelve á acostarse sin hablar á nadie del trabajo que acababa de hacer.

A la mañana siguiente, la hermana de mister Pick, miss Adolfiná Pick, se levantó con la firme intención de arreglar la bata fraternal. Después que se hubo peinado y hecho su tocador, cogió el abrigo, cortó doce centímetros, no dijo nada y esperó á que la complimentasen por su obra.

Mister Pick sintió algún frío y se constipó: á cierta hora de la tarde le acudió la idea de hacer componer su bata. Llamó á su cocinera Anastasia y la dijo:

— Véte al momento á llevar la bata en casa del sastre y dile que me es muy larga, que la acorte ocho ó diez centímetros lo menos.

Un poco sorprendido se quedó el maestro; pero el mandato era expreso, y cortó diez centímetros de la tela y devolvió la prenda.

Al levantarse mister Pick pidió su bata y quedó estupefacto al ver que le llevaban una especie de chaqueta.

Lord C... conocido por sus numerosas escenticidades, fué á buscar, en estos últimos tiempos, uno de nuestros más célebres pintores.

— Desearia, le dijo, tener una caja de rapé en la cual estuviera pintado mi castillo.

— Muy fácil es, le respondió el artista; Milord tendrá la bondad de facilitarme el dibujo.

— Sí; pero quisiera que á la puerta del castillo se viese una especie de garita en que viviera un perro.

— También es fácil.

— Bien; mas al mismo tiempo quisiera que por cualquier medio que halleis bueno, el perro,

tan pronto como se le mirase, entrará en su garita y no saliese hasta tanto que se dejara de mirar.

Nuestro artista observa al interlocutor para saber si no es víctima de alguna broma. Tranquilizado por aquel rápido exámen, y comprendiendo como hombre de ingenio el partido que podía sacar de semejante negocio, dijo al inglés:

— Lo que pedis es muy difícil; la caja os costará muy cara.

— Me es indiferente.

— ¡Mil escudos!

— Vaya por mil escudos.

— Se cumplirán vuestros deseos, dentro de un mes tendré el honor de entregaros vuestra caja.

— Confío en ello.

Un mes después el pintor se presenta en casa de lord C...

— Milord, ¡hé aqui vuestra caja de rapé.

Lord C... toma la alhaja, la examina y dice:

— Este es mi castillo con sus torrecillas; esta es verdaderamente la garita; pero, exclamó, no veo el perro.

— ¿No me dijo su señoría que queria desapareciese el perro en su covacha tan pronto como se le mirase?

— Justamente.

— ¿Y que no volviese á aparecer hasta tanto que se dejase de mirar?

— Verdad; ¿y qué?

— ¡Y qué! habéis mirado, y el perro se ha escondido. Guardad la caja en el bolsillo y el perro aparecerá al momento.

Lord C... reflexiona un instante y esclama:

— Es cierto, es cierto....

La *Union bretona*, que cuenta esta historia, dice que el Lord guardó la tabaquera en el bolsillo, sacó de la cartera tres billetes de banco de cuatro mil reales cada uno y los entregó al avisado pintor.

Las señoras de A., que viven cerca del Retiro, recibieron un día la visita del señor de B. y su esposa.

La esposa de B. es la criatura más inocente y sencilla de las cuarenta y nueve provincias de España.

— ¡Oh! qué amables habéis sido en venirnos á ver! dijeron las señoras de A. ¿Qué feliz casualidad los trae á VV. por aqui?

— Mi esposo y yo hemos querido venir á ver las fieras, y hemos aprovechado la ocasión para ver á VV.

Un domingo un paleta y su mujer fueron á ver el Museo de Pinturas. A la puerta presentan al conserje la papeleta de entrada.

— Hoy, dijo este, el Museo está abierto al público y no se toman las papeletas.

— ¡Qué desgracia! dijo el paleta á su mujer; mañana nos vamos!

Y se quedaron contemplando con envidiosos ojos los grupos que entraban sin billetes, y se alejaron suspirando.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Recientes despachos telegráficos de Nápoles anuncian movimientos revolucionarios en la Ca-

habría, y dicen que el gobierno pensaba enviar al general Nunciante ó al general Planelli con amplias facultades. ¡Medrada quedará la corte de Nápoles, si estos generales no dan de sus amplias facultades mejor cuenta que la que dió de las que también le habían sido conferidas, el general Lanza en Sicilia! En la espresada capital se temían próximas manifestaciones políticas. El rey Francisco II celebraba frecuentes consejos de familia y largos consejos de ministros. En la ciudad reinaba bastante ansiedad, y en la rada había ocho buques franceses y dos ingleses.

A propósito de la entrevista de Luis Napoleón con varios soberanos alemanes en Baden, leemos en el *Monitor*: «No dudamos que el viaje del emperador tendrá resultados felices, porque se necesitaba un paso tan espontáneo como significativo para poner término al concierto unánime de rumores malévolos y falsas apreciaciones.»

Yendo el emperador á esplicar francamente á los soberanos reunidos en Baden, hasta qué punto su política caminará siempre en armonía con el derecho y la justicia, ha debido llevar á aquellas inteligencias tan distinguidas y exentas de preocupaciones, la convicción que nunca dejan de inspirar los sentimientos verdaderos, cuando se espresan con lealtad.

Por esto mismo, las relaciones recíprocas entre los soberanos reunidos en Baden han sido más que corteses. Así, pues (concluye diciendo el *Monitor*), todos los que deseen el restablecimiento de la confianza y la continuación de las buenas relaciones internacionales, deben felicitarse de una conferencia que consolida la paz de Europa.»

La descripción de las fiestas celebradas en París con motivo de la definitiva anexión de Niza y Saboya á la Francia, ocupa preferentemente la atención y el espacio de los periódicos del otro lado del Pirineo. Con este motivo el emperador pasó revista en el campo de Marte á las tropas ante una inmensa muchedumbre, yendo acompañado del príncipe Napoleón, del gran duque de Leuchtemberg, de algunos mariscales y gran número de oficiales generales de Estado Mayor. Con igual motivo habíase celebrado antes un solemne *Te-Deum* y una misa en la cual ofició el arzobispo de París, rodeado de sus grandes vicarios y asistido del cabildo y un numeroso clero. Hé aquí cómo termina la reseña de estos festejos un periódico imperialista:

«El 14 de junio es fecundo en recuerdos gloriosos para la historia imperial: recuerda las batallas de Marengo (1800); de Friedland (1807) y de Raab (1809); es para la historia del segundo imperio un acontecimiento por siempre memorable, la anexión de la Saboya y de Niza á la Francia.»

Creíase en Turin en la próxima reunión del parlamento siciliano en la forma prescrita por las leyes de 1848, para proclamar el destronamiento de Francisco II y la unión de Sicilia al Piamonte.

Son notables las siguientes reflexiones del periódico austriaco el *Ost-Deutsche-Post*, á propósito de la situación del rey de Nápoles.

«¿Qué debe esperarse de bueno para las provincias de tierra firme, con un ejército en parte desmoralizado, y una flota sospechosa de garibaldismo, una flota que no ha podido aprehender todavía más que dos de los numerosos buques

enviados de Génova á Sicilia, con hombres, municiones y dinero? El rey, se dice, está resuelto á hacer reformas: es bien tarde, ciertamente, pero más vale tarde que nunca. Prudentes concesiones hechas en tiempo oportuno, le hubieran evitado la humillación á que se ha visto reducido cuando se ha tratado á Garibaldi de Esclencia.»

No deben llamar menos la atención, acerca del mismo asunto, las líneas que á continuación transcribimos del *Morning-Post*, órgano de la política del gobierno inglés, eco de lord Palmerston:

«La revolución ha comenzado, y debe llevarse á cabo. En vez de tratar de recobrar sus perdidas posesiones, Francisco II hará bien en conceder algunas reformas á los súbditos que le quedan; quizá no es demasiado tarde para salvar sus últimas provincias. Aunque merece las desgracias porque está pasando, sin embargo su caída produciría tal vez muchas complicaciones. La Inglaterra no pide que sea destronado; quiere la libertad del pueblo napolitano, y le importa poco quién sea el soberano que gobierne la Italia meridional.»

Recientes noticias de Sicilia dicen que la isla se encontraba en un período de espera y organización. Un comisionado enviado de Palermo había tomado posesión de Girgenti (Agrigento), y se había creado en esta ciudad una municipalidad insurreccional, decretándose al mismo tiempo la formación de la Guardia nacional; y la justicia, con arreglo á una resolución de Garibaldi, se administrará en adelante en nombre del rey Víctor Manuel, rey de Italia. Los napolitanos evacuaron la plaza después de haber desarmado la ciudadela, clavado las piezas, mojado la pólvora y destruido el material de guerra que no han podido llevarse.

Segun noticias de Nápoles, en esta capital corría el rumor de que 3,000 voluntarios garibaldinos, á las órdenes del coronel Médici, habían desembarcado en Cantazora, y que las Calabrias empezaban á sublevarse. Continúan las deserciones en el ejército napolitano. Habíanse sacado 100 cadáveres más, de los escombros de Palermo.

Habiendo dicho la *Nueva Gaceta de Prusia* que el Austria se proponía poner 20,000 hombres á la disposición del rey de Nápoles, si Garibaldi llevaba la guerra á los estados de tierra firme, y que esta resolución del gabinete de Viena sería aprobada por Prusia y Rusia, la *Gaceta austriaca* desmiente estos rumores de la manera más formal, y dice que Austria no ha hecho comunicación alguna que implique por su parte un proyecto de intervención.

La *Patrie* dice que Garibaldi ha reunido un consejo de guerra en el que se ha decidido por unanimidad marchar contra Messina, debiendo esto verificarse muy pronto.

Segun escriben de Palermo, la organización de las tropas insurreccionales progresa considerablemente. La primera división estaba ya en disposición de partir. Se estaba organizando la segunda, como también fuerzas de marina.

Las noticias de Nápoles anuncian que el rey se niega á hacer concesiones liberales.

Recientes despachos telegráficos de Sicilia dicen que un buque cargado de armas de fuego compradas en los Estados Unidos por cuenta de

los insurgentes, había llegado á Palermo. Siguen las deserciones en las tropas napolitanas.

El gobierno turco hace los mayores esfuerzos para organizar un ejército numeroso, á fin de impedir que la Servia y las provincias danubianas se emancipen de su autoridad y se declaren independientes. Este ejército se establece actualmente en cinco puntos diferentes. El ejército de Rumelia se divide en cuatro cuerpos, que ocupan un vasto territorio desde la Herzegovina hasta Bosnia. El segundo es más numeroso, y guarda la frontera de Servia; su cuartel general está en Pristina. El tercero se compone de 30,000 hombres, y está concentrado sobre el Danubio, cerca de Widdin, con su reserva en Sofía. El cuarto está estacionado entre el Danubio y el Mar Negro, esto es, entre Silistria y Kustendfuare; la reserva de este cuarto cuerpo está en Schumla. El gobierno turco tiene además 30,000 hombres en Tesalia, que en caso necesario operarán contra los griegos.

Sigue sin cesar en Londres la recolección de fondos para auxiliar la empresa de Garibaldi, y es mucho lo que se recoge y envía. A fin de evitar interpelaciones y disgustos en el parlamento, los meetings organizados para llevar á cabo estas operaciones, que son muy numerosas, se reúnen privadamente y renuncian á toda publicidad.

Se ha desmentido el rumor que circuló estos días, relativo á la ocupación del fuerte de Castellamare, el principal de Palermo, por los ingleses.

El príncipe Gerónimo Napoleón ha dejado de existir.

M. M. FLAMANT.

CRÍTICA TEATRAL.

TEATRO DE JOVELLANOS. — COMPAÑÍA DE ÓPERA. — *El tenor Carminati*. — TEATRO DE LOPE DE VEGA. — ALBERTO EL RENEGADO, drama en tres actos y un prólogo, original de D. Higinio Esteban. — HIMNO GUERRERO. — UN POLLO Y UN VIEJO, pieza de circunstancias, en un acto. — TEATRO DE NOVEDADES. — EL PRESTIDIGITADOR MANICARDI.

La compañía de ópera que estaba en el teatro de Jovellanos concluyó al fin su compromiso con el público, dando dos funciones en pró de las casas de Beneficencia de esta corte, cosa que ha honrado sobremedura no solo al empresario del teatro, si que también á los cantantes que contribuyeron á tan generosa acción.

La mayor parte de estos, si no todos, han salido ya de esta corte, por lo cual no nos ocuparemos ya de una cosa terminada, y pasada por el juicio del público. Solo nos ocuparemos, aunque brevemente, del himno guerrero ejecutado últimamente en dicho teatro, original del joven y estudioso compositor músico D. Joaquin Espin y Perez.

Tanto la música de las estrofas como la parte de instrumentación revelan en este compositor un talento nada vulgar, que desde luego le aconsejamos emplee en obras de mas importancia y de mas porvenir. El himno de que nos ocupamos alcanzó un éxito en extremo lisonjero para el señor Espin, y la escogida, aunque escasa concurren-

cia, aplaudió con verdadera espontaneidad á la conclusion del himno.

En este mismo teatro se ha presentado por primera vez á desempeñar el papel de Víctor en *El Valle de Andorra*, el tenor Sr. Carminati. Este apreciable cantante, tanto en la parte de declamacion como en la de canto, recibió justos y espontáneos aplausos del inteligente público que acudió á juzgarle. Como actor, demostró conocer el arte, y declamó sin esa afectacion y amaneramiento propio de la mayor parte de nuestros actores zarzueleros, y en la parte de canto sorprendió agradablemente al público con su hermosa y vibrante voz, y su excelente método. Hemos oído decir que las condiciones con que pretende contratarse no están acordes con las que podría aceptar la empresa, y por tanto es muy probable que no oigamos en la próxima temporada á tan estimable tenor. Lo sentimos por el Sr. Salas.

El teatro de Lope de Vega, que ha vuelto á abrir sus puertas al público con una modesta compañía, para que aquellos que no veranean, puedan matar unas cuantas horas de la noche, se inauguró noches pasadas poniendo en escena el drama en tres actos y un prólogo, titulado *Alberto el renegado*, y la pieza en un acto *Un pollo y un viejo*. El éxito de ambas producciones fué bastante lisonjero para sus respectivos autores, habiendo sido bien desempeñadas y aplaudidas algunas de sus escenas por la numerosa concurrencia. Al finalizar el acto segundo apareció en la escena, despues de repetidas instancias por parte del público, el autor del drama D. Higinio Estéban, ostentando el uniforme del ejército español, que tanta honra ha adquirido en la reciente campaña de Africa. El del juguete, que tambien fué llamado no apareció por ser desconocido para la empresa. Hay en este drama una escena á propósito para que la desempeñe el mismo niño corneta que tuvo la feliz ocurrencia de salvar su vida tocando ataque: como era de esperar, esto produjo gran entusiasmo en el público, que aplaudió frenéticamente, haciendo salir al prosenio al referido corneta.

En el teatro de Variedades hizo un *fiasco* completo el prestidigitador Manicardi. Por desgracia esta derrota ya la habíamos previsto nosotros, puesto que era sumamente difícil, si no imposible, que el público pudiese olvidar la tan reciente memoria del célebre Mr. Herrmann; y Mr. Manicardi, además de luchar con esta desventaja, es inferior á cuantos prestidigitadores hemos visto en Madrid. Cierta que algunos de sus juegos son bonitos, pero la mayor parte se han visto ya en esta córte hasta la saciedad. Despues de haber dado dos funciones, creemos que abandonó á Madrid, medida harto prudente que no podemos menos de elogiar.

Para concluir, diremos á nuestros lectores que el teatro del Príncipe ha sido adjudicado en pública subasta al conocido actor D. Pedro Delgado, para la temporada próxima. Segun parece, este apreciable actor está dando pasos cerca de nuestros primeros actores y actrices para que le secunden en su noble propósito de formar en el antiguo Teatro Español una buena compañía de verso capaz de interpretar las obras dramáticas de modo que dé brillo al arte, y honra y provecho á los artistas y empresarios.

Tan pronto como tengamos conocimiento del

cuadro de la compañía, lo pondremos en conocimiento de nuestros lectores.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Etudes sur les Proverbes français, par M. GUITARD. Un vol. in-8°; Techener.

Es empresa curiosa la de buscar el fundamento y original significacion de aquellos tesoros de inteligencia, razon y experiencia, acumuladas por los siglos en el lenguaje proverbial. Importante es, bajo el doble punto de vista moral y filológico, el conocer el sentido de esas locuciones singulares de puro naturales, que son mezcla por lo comun de ciencia práctica y de una errática imaginacion. Circunscribiéndose á la Francia, ha desempeñado M. Guitard cumplidamente la tarea de seguir la lengua proverbial de Francia desde el tiempo de los romanceros hasta nuestros dias, señalando todas las modificaciones características, que ha experimentado sucesivamente durante aquel espacio de tiempo.

Des Rapports de la morale et de l'economie politique, par M. H. BAUDRILLART. Un vol. in-8°; Guillaumin.

La moral es el punto de contacto, que existe entre la economia política y la filosofia, y ya se hace sentir la absoluta necesidad de no separar estas dos ciencias, que se confunden á las veces, y que no son por lo demás y á medida de su objeto expresiones diferentes de una idea comun. El libro de M. Baudrillart, coronado ya antes por el Instituto, se presenta al público bajo una nueva forma, revisada, mas completa y mas rigurosa. Las verdades medias se hallan en la obra bien probadas y suficientemente desarrolladas: es un trabajo de honradez y cordura, y aun á veces placentero, que el público desprecupado leerá con placer y fruto. Puede, sin embargo, inculparse al autor el limitar demasiado su dominio en el terreno de los hechos prácticos, y de no dilatar lo bastante su horizonte hasta las verdades especulativas. Acaso tambien deba achacarse esta falta á la forma y al estilo, que aunque por su parte se mantengan en un medio satisfactorio y conveniente, parecen negarse con demasiada obstinacion á las ventajas de la inspiracion y á las riquezas de la elocuencia.

Ricordi biografici e carteggio di Vincenzo Gioberti, raccolti per cura di Giuseppe MASSARI. T. 1er; Turin.

Este libro tiene ciertamente un gran objeto; no que tenga una relacion directa con los acontecimientos que han lugar mas allá de los Alpes; pero representa en cierto modo el trabajo moral de una generacion: presenta á la Italia en uno de sus mas brillantes personificaciones intelectuales. Gioberti, piemontés y eclesiástico, fué desterrado en 1832, no tanto por sus hechos como por sus ideas, y él fué quien redactó en el destierro el programa del movimiento político italiano de 1846. Los acontecimientos de 1848 le hicieron ministro de Turin, y esos mismos acontecimientos le despidieron á su destierro por entonces voluntario. Su muerte tuvo lugar en Paris. Sus ideas han conservado gran prestigio en Italia. Un hombre de tanta fortaleza de alma como celo patriótico, M. Giuseppe Massari, se ha encargado de publicar las obras completas del filósofo piemontés, y este es el trabajo que se pone en práctica dando á luz la biografía y correspondencia del autor del *Primato*. M. Massari aplica á Gioberti con talento el amplio y abundante procedimiento de los biógrafos ingleses. Este primer volumen alcanza hasta el 1838.

tecimientos le despidieron á su destierro por entonces voluntario. Su muerte tuvo lugar en Paris. Sus ideas han conservado gran prestigio en Italia. Un hombre de tanta fortaleza de alma como celo patriótico, M. Giuseppe Massari, se ha encargado de publicar las obras completas del filósofo piemontés, y este es el trabajo que se pone en práctica dando á luz la biografía y correspondencia del autor del *Primato*. M. Massari aplica á Gioberti con talento el amplio y abundante procedimiento de los biógrafos ingleses. Este primer volumen alcanza hasta el 1838.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Histoire politique et littéraire de la presse en France, avec une introduction historique sur les origines du Journal et la Bibliographie générale des journaux depuis leur origine, par Eugène HATIN. Paris, 1859. 2 vol. in-8°, 50 rs.

Cours élémentaire de Philosophie à l'usage des établissements d'éducation, comprenant l'histoire de la philosophie, par M. l'abbé E. BARBE, professeur de philosophie. Paris, 1859. Un vol. in-8°, 22 rs.

Cours de chimie agricole professé en 1859 par M. F. MALAGUTI à la Faculté des sciences de Rennes, sous les auspices de M. le ministre de l'Agriculture et du Commerce, et publié par décision du Conseil général d'Ille-et-Vilaine. Rennes, 1859. Un vol. in-12, 5 rs.

Grammaire complète de la langue espagnole d'après celle de l'académie royale de Madrid, avec un complément pour les éléments de la poétique, etc., par l'abbé Pedro Maria de TORRECILLA, de l'ordre des chevaliers de Notre-Dame de Montesa, etc., etc. Paris, 1859. Un vol. in-8°, 25 rs.

Vocabulaire francais-arabe à l'usage des médecins, vétérinaires, sages-femmes, pharmaciens, herboristes, etc., par Florian PHARAON et le Dr E. L. BERTHERAND. Paris, 1860. Un vol. in-12, 22 rs.

On the medical history and treatment of diseases, of the teeth and the adjacent structures being lectures delivered before the members of the college of dentists of England in the session 1858-59 by Benjamin Ward RICHARDSON, M. A. M. D. member of the Royal college of Physicians. London, 1860. Un volume in-8°, 48 rs.

Monseigneur Dupanloup, évêque d'Orléans, par PIERRE et PAUL, avec portrait et autographe. Paris, 1860. Un vol. in-18, 4 rs.

Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen âge, par R. DOZY, commandeur de l'ordre de Charles III d'Espagne, membre correspondant de l'Académie de Madrid, etc. Leyde, 1860. 2 vol. in-8°, 100 rs.

Lexicum geographicum cui titulus est, nonum fasciculum continentem introductionem in hunc librum et annotationem ad duos priores fasciculos scripsit. T. G. J. JUYNBOLL. Lugduni Batavorum, 1859. Un vol. in-8°, 80 rs.

L'honneur des femmes, par Raoul BRABARD. Paris, 1860. Un vol. in-12, 25 rs.

Le vicomte de Beziers, par Frédéric SOULIÉ. Paris, 1860. Un vol. in-12, 25 rs.

Les sept péchés capitaux. — L'orgueil, par Eugène SUÉ. Paris, 1860. Deux vol. in-12, 10 rs.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière, — editor responsable y propietario.



Graves inconvenientes de ser calva la ocasión.



SUMARIO. *El Rey de las tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 417. — *La Paloma de los cielos*, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez, pág. 421. — *Viaje á China*, por lord Macartney, pág. 423. — *Sección religiosa*, pág. 424. — *Sección científica*, pág. 428. — *Variedades*, pág. 429. — *Crónica extranjera*, pág. 429. — *Crítica teatral*, pág. 430. — *Bibliografía extranjera*, pág. 431. — *Boletín bibliográfico*, pág. 431.

Advertencia importante. — La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 6 cuartos en Madrid y 8 en Provincias.

CHAMBERI DE MADRID: 1860.—Imp. de Bailly-Bailliere.